

MARCELO OMAR MONTES

DEMOCRACIA Y
CIVILIZACION EN
AMERICA LATINA

UNA LECTURA DE
TOCQUEVILLE Y
SARMIENTO

UUID: 2de1a1e6-eb83-11e8-b8a2-17532927e555

Este libro se ha creado con StreetLib Write

<http://write.streetlib.com>

Indice

| | |
|---|----|
| INTRODUCCION | 1 |
| EL LEGADO DE ALEXIS DE TOCQUEVILLE | 4 |
| APUNTES SOCIOPOLITICOS SOBRE EL "FACUNDO" DE SARMIENTO | 37 |
| LATINOAMERICA: CULTURA POLÍTICA Y FRACASO ESTATAL | 61 |

INTRODUCCION

Siempre me atrapó América Latina, independientemente de mi predilección especial por Rusia. Es el continente donde está mi tierra natal y a medida que la conozco más y más, a través de viajes aventureros, año a año, donde me toca y pretendo contactarme con su geografía salvaje y cultura especial, me relaciono afectivamente. Por ello mismo, no deja de frustrarme que ninguno de sus países logre superar el umbral de subdesarrollo y pobreza crónica, amén de la desigualdad de riqueza manifiesta que testimonia, en cada una de sus regiones.

Releer a Tocqueville y Sarmiento, es intentar indagar acerca de fenómenos que son caros a los latinoamericanos: las

revoluciones, la estabilidad política, la democracia, la civilización, la barbarie, hasta la religiosidad, que a la luz de lo ocurrido recientemente en Brasil y Costa Rica, se ha tornado imprescindible si se pretende estudiar la política y la sociedad en esta zona del mundo.

En los años 2000, cuando escribí estos tres “*papers*”, ya previendo la llegada de una ola populista, una más, aunque diferente a las de viejo cuño, intenté recurrir a lo clásico para explicar el cambio –o el regreso permanente del “*statu quo*”-. La cultura es lo que importa: los valores, las creencias acendradas, las llamadas “fuerzas profundas”, las percepciones sociales acerca del poder y la distancia que genera con el ciudadano medio, la poca o mucha responsabilidad cívica: todo ello, está presente detrás de los fenómenos como el chavismo, el correísmo, el kirchnerismo, etc.

Por consiguiente, es dable suponer por qué refrescar al sociólogo francés del siglo XIX y al ilustre sanjuanino. Sus obras intentan responder nuestros inte-

rrogantes, a la luz de las experiencias europeas o vernáculas. Desoyendo cualquier tipo de determinismo, no dejan de tener vigencia a pesar del nada desdeñable paso del tiempo.

EL LEGADO DE ALEXIS DE TOCQUEVILLE

Autodeclarado un "liberal de otra clase o de nueva especie", Alexis de Tocqueville llegó a vislumbrar, tras la Revolución Francesa de 1789 y el nacimiento de la democracia americana, que "se necesitaba una Ciencia Política nueva para un mundo nuevo". Hoy, en pleno inicio del siglo XXI, y luego de dejar atrás fenómenos sociales tan vastos por sus alcances como aquellos de hace dos siglos (distintas revoluciones, los totalitarismos, el Estado Benefactor, la caída del comunismo, la influencia de la religión y los intelectuales en la política, la reciente cuasi-universalización de la democracia), el pensamiento de Tocqueville cobra una vigencia inusitada.

Alexis Charles Henri Clérel de Tocqueville nació el 29 de julio de 1805 en el seno de una antigua familia noble de Normandía, cuyos

orígenes se remontaban al siglo XI. Sus padres apenas lograron salvarse de la guillotina durante la Revolución Francesa, trágico destino que no pudo evitar su bisabuelo materno, el jurista y pensador político Lamoignon de Malherbes (1721-1794). Estas desgarradoras vivencias le restaron a la vida familiar de los Tocqueville. aquel aire de frivolidad tan particular que caracterizó a la aristocracia francesa en el siglo XVIII. En un marco de religiosidad, afecto y respeto mutuos. el menor de los tres hijos pudo apreciar y comprender las convicciones monárquico--tradicionalistas de su padre. Hervé Clérel, conde de Tocqueville (1772- 1856), no obstante, lo cual nunca usó su título, decidiendo hacer carrera por sí mismo como abogado y escritor, al mismo tiempo que defendió y justificó la evolución democrática del mundo.

En 1827, durante el gobierno de Carlos X, el joven Tocqueville ingresó a la Magistratura como Juez Auditor del Tribunal de Versalles. Tras la revolución de 1830. que expulsó al último de los Borbones y encumbró a Luis Felipe de Orleans en el poder, Tocqueville juró lealtad al nuevo régimen pero ya no guardaba mayores expectativas políticas ni profesionales. Consiguió entonces, junto a su íntimo amigo Gustave de Beaumont, que el gobierno los comisionara para estudiar el sistema carcelario

norteamericano aunque el propósito más profundo de su viaje a América, trascendía largamente la finalidad originaria de esa misión oficial: conocer aquella nueva sociedad política, que parecía haber resuelto con cierto éxito, el histórico dilema entre la libertad y la igualdad, frente al cual. Francia, en cambio, no terminaba de definirse desde 1789. Cabe recordar que hacia 1830, los Estados Unidos constituían la única república democrática realmente consolidada que existía en el mundo.

Los viajeros partieron a principios de abril de 1831, llegaron a Estados Unidos a mediados de mayo y regresaron a Francia nueve meses después. Como consecuencia de aquel periplo, escribieron cuatro obras: un estudio del sistema penitenciario norteamericano (*On the Penitentiary System in the United States and Its Application in France*, 1833), una novela romántica de Beaumont sobre la esclavitud en América (*Marie, o Slavery in the United States*, 1835) y los dos volúmenes de *La démocratie en Amérique* (La democracia en América), de Tocqueville, de los cuales, el primero se publicó en 1835 y el segundo en 1840. Esta última obra, filosófica y enciclopédica, abarca prácticamente todas las instituciones y las características del gobierno y del pueblo norteamericanos, destacándose por la vigencia de sus apreciaciones.

En 1835, Tocqueville contrajo enlace con Marie Mottley (1796-1864), una joven inglesa, seria e inteligente, perteneciente a una respetable familia de ingresos medios, quien no le dio hijos y que se había desempeñado como gobernanta en Francia durante varios años. Inmerso en el ambiente de euforia y admiración que había despertado la primera parte de “La democracia en América”, Tocqueville fue candidato para la presidencia de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. El 2 de marzo de 1839, Tocqueville fue electo diputado por la Circunscripción de Valognes y dos años más tarde, ingresó como miembro de la Academia Francesa. Posteriormente, viajó por Inglaterra, Irlanda, Argelia, Suiza y Alemania. Siendo un personaje público respetado, aunque no una figura política afamada, participó en la vida política de Francia por sentido del deber antes que por ambición personal. Si bien, de acuerdo al testimonio de sus contemporáneos, carecía de talento oratorio ya que sus discursos en la Cámara de Diputados eran demasiado eruditos y a veces excesivamente prolongados, siempre fue considerado como un parlamentario de gran valía, a la hora de diseñar y ensayar distintos instrumentos institucionales. Así, por ejemplo, presidió la Comisión encargada de redactar la constitución de la Segunda República Francesa.

En junio de 1848, el presidente francés Luis Napoleón nombró a Tocqueville, Ministro de Relaciones Exteriores, cargo que ocupó a lo largo de cinco meses. Su carrera política acabó abruptamente a causa del *coup d'état* (golpe de Estado) de Luis Napoleón en 1851; luego de pasar dos días en una prisión provisoria y, agobiado por padecimientos físicos, se retiró a escribir en la ciudad italiana de Sorrento, *Souvenirs* (1852), donde describió la turbulencia política en los años revolucionarios de 1848-1849 en Francia. Ese manuscrito fue publicado por su sobrino nieto, treinta y cuatro años después de su muerte. Tras regresar a Francia, escribió en junio de 1856, *L'Ancien Régime et la Révolution* (El Antiguo Régimen y la Revolución), una obra más temática que cronológica sobre los orígenes de la Revolución Francesa y que tuvo un aplauso de la crítica, similar al recibido cuando publicó la primera parte de *La democracia en América*.

Tocqueville no pudo completar el segundo volumen de su última obra, ya que en el verano de 1858, empeoró su estado físico, sufriendo en junio de dicho año, una hemorragia pulmonar. El 16 de abril de 1859, expiró en Cannes, al sur de Francia.

Sobre el devenir histórico

Su concepción de la "historia -realista y existencial-, basada en la comprensión de la naturaleza humana, no coincide con la aplicación del método científico o las leyes mecánicas del universo físico a los hechos protagonizados por los individuos. Negaba que los grandes acontecimientos fuesen el resultado de una única y rígida concatenación de causas y efectos o que los hechos meramente fortuitos gobiernen la historia.

Descartaba al materialismo dialéctico porque éste considera que los hombres actúan sólo por motivaciones materiales predeterminadas, traduciendo el espíritu de geometría en espíritu de sistema. Por ejemplo, Tocqueville rechazaba el argumento que afirma que las revoluciones, al ser el producto del dinamismo consciente de los pueblos, son inevitables. Tampoco confiaba en el voluntarismo legislativo ni en la utopía racionalista. El legislador, guiado por este principio y erigido en exclusivo reconstructor del mundo, crea a la ley, quedando las causas físicas y las costumbres subordinadas a este desigmo. En todas estas doctrinas, el común denominador es la permanente duda acerca del libre albedrío humano (1).

Metodológicamente. Tocqueville combinaba la descripción de tendencias históricas de largo plazo con el papel de la libertad humana: el hombre hace la historia pero ella misma lo sitúa en un círculo del cual no puede salir con facilidad. El azar se combina con los hechos anteriores, la naturaleza de las instituciones, los modos de ser, las costumbres, las creencias, la religión. etc. La historia es un proceso abierto, espontáneo e imprevisible, una marcha mucho más sinuosa y modesta que la imaginada por los racionalistas, impulsada por las consecuencias no queridas de la acción humana (2).

El movimiento providencial, universal y duradero, que atrapa casi inexorablemente a los hombres, es el desarrollo gradual de la igualdad de condiciones. Tocqueville avizoraba la frontera entre dos mundos y/o tipos sociales: la sociedad aristocrática. donde predominan el rango. la jerarquía y los privilegios, y la sociedad democrática, en la que prevalecen los derechos individuales. El sociólogo francés discernía el papel de la autonomía individual que podía orientar esa tendencia en forma ambivalente: hacia el bien de la libertad, el necesario contraveneno de la igualdad extrema- o, en su defecto, hacia el mal del despotismo.

Siendo la evolución democrática clara pero compleja, en las épocas igualitarias, las causas de las acciones humanas son mucho más variadas, encubiertas, complejas y difíciles de rastrear por el historiador que en las edades aristocráticas -en las que basta con distinguir la influencia ejercida por uno o un grupo de hombres-. Si bien las aristocracias no tenían una connotación negativa en sí mismas, porque mantenían incólumes a sus cuerpos intermedios como barreras frente a la monarquía absolutista, y las democracias serían menos fuertes y gloriosas que aquéllas, Tocqueville era optimista respecto a las sociedades igualitarias. En ellas, habría menos miseria e ignorancia, el bienestar sería más generalizado y los pueblos, más pacíficos. A pesar de sus instintos salvajes, la democracia podía moderar la igualdad extrema, si había una supremacía de las leyes sobre los gobernantes, se defendían los derechos cívicos, se alentaba la libre asociación y se difundía la conciencia religiosa.

Finalmente, en relación a la interpretación histórica, el pasaje más célebre de *La democracia en América* -que aparece en la Conclusión del primer volumen-, es el referido al enfrentamiento cultural entre Estados Unidos y Rusia. Tocqueville profetizaba que dos grandes pueblos, que partieron de puntos diferentes

pero tienden hacia un mismo fin, están destinados a un rápido liderazgo de cada mitad del globo. Cada uno, con sus estilos: el norteamericano, creyendo en el interés personal y dejando obrar a la razón; el ruso, concentrando todo el poder de la sociedad en un hombre y autocondenándose a la servidumbre.

Sobre la pugna entre libertad e igualdad y el origen del Estado Benefactor

Según Tocqueville, los conservadores estaban equivocados al creer que la democracia conduce inevitablemente al caos y a la anarquía, quebrando el orden universal y enfrentando a la religión; por el contrario, afirmaba el francés, debilita la ejercitación del pensamiento, conduce al conformismo y acrecienta el riesgo de caer en una tiranía de la mayoría. Los radicales tampoco estaban acertados cuando consideraban que el establecimiento de un gobierno de la mayoría bastaría para asegurar la libertad y la felicidad del pueblo; en realidad, éstas dependen del funcionamiento de ciertas leyes, hábitos, creencias, religiones, etc., es decir, que el carácter de los pueblos influye sobre sus instituciones políticas y no a la inversa (3).

Las instituciones democráticas despiertan intensos sentimientos de envidia en el corazón humano, no porque ellas proporcionen los medios para que se eleve el nivel de vida de todos, sino porque estos medios demuestran ser siempre inadecuados en manos de quienes los manejan. Quienes gobiernan, despiertan y excitan la pasión por la igualdad, pero no son capaces de satisfacerla en forma cabal. La igualdad es una pasión más poderosa en el corazón del hombre que la libertad, pues proporciona múltiples goces diarios: es “insaciable, eterna y invencible”. Si los hombres no pueden - pronto obtenerla, la desean aún en la esclavitud: serán capaces de padecer la pobreza, la servidumbre, la barbarie, pero los consolará no sufrir la aristocracia.

Tocqueville advierte que ni siquiera los déspotas niegan las excelencias de la libertad; sólo que no la quieren más que para sí y sostienen que todos los demás son indignos de ella. Reflexiona que los defectos de la democracia son percibidos de inmediato pero sus virtudes sólo con el lento transcurso del tiempo. No deja de apreciar que en las sociedades democráticas, la presión social en favor de innovaciones de cualquier tipo -por lo general, costosas-, es constante, lo cual obliga a los gobiernos a controlar de manera adecuada sus presupuestos.

El principal peligro de la democracia no es su debilidad sino su irresistible fuerza: el despotismo de las mayorías. Existiendo dos formas de entender la igualdad política -la soberanía de todos o el poder absoluto de uno sobre todos-, el gran peligro es "el imperio pacífico del mayor número". Pero además, el nuevo despotismo se diferenciará del primitivo, al ser más comprensivo y más moderado. Degradará a los hombres sin atormentar los porque el contenido de igualitarismo atemperará su rigor. Su tarea se verá facilitada al hallar una innumerable multitud de hombres, todos iguales, que procurarán sin cesar, los mezquinos e insignificantes placeres con los que sacian a diario sus vidas. Por encima de ellos, aparecerá un poder tutelar inmenso, absoluto, minucioso, regular, prudente y moderado, que pretenderá mantenerlos en la infancia. Así, el poder se habrá convertido en protectorado social: los ciudadanos no sólo buscan la clásica protección hobbesiana que los libre del miedo recíproco, sino también la seguridad que les dé abrigo contra la desocupación, la enfermedad o la vejez (4).

En la opinión de Tocqueville, el fenómeno del industrialismo tiende a reforzar los efectos iliberales del despotismo estatal al debilitar la posición de los trabajadores. Cuanto más avan-

za la división del trabajo, más dependientes se vuelven quienes atienden la maquinaria. A largo plazo, sin embargo, por la simple fuerza de su número, los trabajadores serán cada vez más asertivos e inquietos y presionarán al Estado para que -asumiendo el rol de un *Leviathán* tutelar-, acelere el paso de la nivelación. El desarrollo de la industria hace aparecer una nueva clase, que liga a patronos y obreros, cuyas mutuas y complejas relaciones tiene que acabar por reglamentar el Estado (5) (6).

Sobre la debilidad de los gobiernos

No obstante, ser muy sólida debido a su origen, al firme respaldo de las antiguas costumbres y los principios morales, la antigua monarquía se desmoronó por completo. Una de las causas de este derrumbe la constituye que la clase gobernante de ese entonces, era incapaz e indigna de gobernar debido a su indiferencia, sus vicios y egoísmo.

En la Revolución Francesa, por ejemplo, no es verdad que los abusos de la realeza hayan provocado el estallido de la rebelión: la violencia se desencadenó precisamente allí donde el poder demostró ser más moderado y la presión ejercida sobre el pueblo había comenzado

a disminuir en forma perceptible mientras que la contrarrevolución surgió en el oeste francés donde las reglas feudales habían subsistido durante más tiempo. Aquella era una época de reglas morales rígidas pero de ejecución débil.

Con frecuencia, las satisfacciones parciales no calman a la igualdad sino que la exasperan. Cuando las barreras sociales pasan por infranqueables, nadie tiene deseo de franquearlas; desde el día en que una es franqueada, todas las que subsisten deben caer muy de prisa, una tras otra. Así, cuantos menos privilegios quedan, más los hombres los detestan. La más pequeña desemejanza parece chocante en el seno de la uniformidad general; la vista de ella se hace más insoportable a medida que la uniformidad es más completa.

También se puede argumentar que la reforma contribuye, no a la estabilidad política, sino a una inestabilidad mayor e inclusive a la revolución misma. La reforma puede ser un catalítico de la revolución, antes que un sustituto de ella. En términos históricos_ las grandes revoluciones siguieron a períodos de reformas, no a etapas de estancamiento y represión. Llevar a cabo reformas y otorgar concesiones, estimula las exigencias de más cambios_ que con suma

facilidad pueden convertirse en la "bola de nieve" de un movimiento revolucionario. Según Tocqueville, el orden social derribado es casi siempre mejor que el que lo precedió -y según la experiencia-, el momento más peligroso para un mal gobierno (otrora opresor) es aquél en que trata de enmendarse y mejorar la suerte de sus súbditos.

En Francia, las reformas allanaron el terreno para la Revolución, no tanto porque eliminaran los obstáculos que se interponían en su camino, sino porque -en mayor medida-, enseñaron a la Nación cómo había que hacer para eliminarlos. Luis XVI había querido moderar su despotismo, estableciendo gabelas sobre los nobles y la Iglesia y -al mismo tiempo-, programas de ayuda para los más pobres. Sin embargo, fue a él a quien decapitaron y no al arbitrario Luis XIV. Se transparentó la compasión por los pobres y no hay ejemplo más peligroso que el de la violencia ejercida por el bien y por hombres de bien. Mediante reformas administrativas que a todos trastornaban y enseñándole al pueblo a despreciar a la propiedad privada_ el propio monarca fue el primero en demostrar con qué desprecio se podían tratar las más antiguas tradiciones y derribar las instituciones. Como afirmaba el irlandés Edmund Burke, "un Estado desprovisto de los medios

para enfrentar algún cambio, carece de los medios para su conservación" (7) ^{III}.

Sobre el individualismo

En los siglos de igualdad, en el plano de las ideas, cada hombre busca sus opiniones, creencias, en sí mismo. Cada uno con su razón, sin antepasados, pretende juzgar desde allí al mundo. La única autoridad intelectual es el público, el mayor número, la masa. Sin embargo, paradójicamente, después de haber conducido el espíritu de cada hombre a pensamientos nuevos, la tiranía de la mayoría reducirá a no pensar más. Después de haber roto todas las trabas que antes le imponían clases u hombres, el espíritu humano se encadenará como nunca a las voluntades generales del mayor número (8).

En cuanto a los sentimientos, cada hombre los volverá hacia sí mismo. Producto de un juicio falso y no de un instinto ciego o un vicio del corazón como el egoísmo (categoría moral que revela la falta de altruísmo), el individualismo es un concepto sociológico que denota ausencia de virtud pública o cívica. Se trata de un sentimiento reflexivo y pacífico, que dispone a cada individuo a aislarse de la masa de sus se-

mejantes y a retirarse con su familia y sus amigos; de tal modo que después, de haber creado así una sociedad a su estilo, "abandona de buena gana a sí misma a la gran sociedad".

Mientras el egoísmo abunda en todas las épocas, el individualismo es un rasgo característico de la sociedad democrática. Es una patología social, es la autoconcentración generalizada, típica de las clases medias, que son sus portadoras naturales. De esta manera, el idealismo tocquevilleano fervientemente humanista cívico, se opone a la tradición intelectual que elogiaba los efectos civilizadores del ascenso de la burguesía. Pero al mismo tiempo desmiente a aquellos que todavía creen que los pensadores liberales de los siglos XVIII y XIX eran meros ideólogos o portavoces del accionar de un supuesto sector social dominante (9)

[2]

En la aristocracia, había un largo vínculo o cadena social de protección por arriba y por abajo_ que la democracia rompe, aislando a los seres humanos. Las familias cambian, desaparecen. Se generaliza un gran mal moral: la calidad humana desciende por la mediocridad de los deseos. La vida privada y sus ocupaciones mezquinas e incesantes lo ocupan todo; el

alma pierde grandeza. fervor. El individualismo lo herrumbra todo: vacía al ciudadano al vaciarlo de civismo, lo convierte en un ser apático, en un tipo de vasallo, distinto al de las edades aristocráticas. El cuerpo social queda reducido a polvo y sus integrantes no son más que contenidos por el poder. Tras la anarquía momentánea_ el poder se reconstituye. Por eso las revoluciones trabajan para acrecentar el poder. Se yergue como el único representante visible y permanente de los intereses colectivos. Ama lo que ellos aman -la igualdad-, porque con ella es más fácil gobernarlos y odia lo que ellos odian: las diferencias sociales. Tras la convulsión revolucionaria y el anuncio de los grandes ideales de la libertad, la igualdad y la fraternidad en 1789, sobrevino el terror de la guillotina y una multitud de individuos aislados era materia prima disponible para un nuevo orden despótico militar: el bonapartista.

-Un escenario de costumbres corrompidas, opiniones vacilantes, libertades expulsadas de las leyes, ciudadanos privados de todas las libertades, súbditos envilecidos y embrutecidos, es el más adecuado para la aproximación de un despotismo suave que les quitará el peso de pensar y el trabajo de vivir. El sueño de Rousseau parece concretarse: el individuo, un todo perfecto solitario, rechaza a las instituciones de

la actual sociedad. pero queda a merced de un todo mayor que lo termina por absorber. El anarquismo deviene en un colectivismo. que elimina toda clase de particularismos: la familia, la Iglesia, las corporaciones como los gremios, los municipios, etc.

La comunidad es la institucionalización de la confianza y la función de la autoridad es acrecentarla. Tocqueville sabía que las sospechas, los celos, el faccionalismo, la deslealtad hacia el Estado, la escasa cohesión social, conducen en el largo plazo a una gran inestabilidad política y a gobiernos débiles.

Sobre la modernización y las revoluciones

En todas las revoluciones, si bien parece muy fuerte el contraste entre lo viejo y lo nuevo, la continuidad es más poderosa, por lo cual puede afirmarse que aquéllas perturban más que modifican a la sociedad. La Revolución Francesa no engendró un gobierno radicalmente nuevo porque ahondó el grado de centralización del país, que había comenzado en el Antiguo Régimen. Según Tocqueville, la Revolución llevó a cabo de golpe. en forma convulsiva y dolorosa, sin transición alguna, lo que habría sucedido de por sí a la larga.

Las revoluciones deben ser entendidas como cambios rápidos, fundamentales y violentos en los valores y mitos dominantes de una sociedad, en sus instituciones políticas, su estructura social, su liderazgo y la actividad y normas de su administración gubernamental, constituyendo sólo un aspecto del proceso denominado modernización. Esta se caracteriza por: a) un profundo impulso secularizador, con un marcado sesgo anticristiano o anticlerical; b) una creciente complejización de las relaciones y estructura social -a partir de la ruptura de la economía feudal-; c) la disolución acelerada de la sociedad aristocrática donde hay una primacía institucional de guerreros-nobles y sacerdotes; d) la liberación de grandes masas de población de la tutela señorial. ahora en disponibilidad. "desclasados", "*nouveaux riches*" (nuevos ricos) y con un gran vacío político; e) un aumento de la migración del campo a las ciudades (urbanización); f) un marcado dinamismo comercial e industrial en las urbes (industrialización) (10).

La consecuencia más relevante de toda modernización es el fuerte desnivel que se produce entre el dinamismo económico y la débil institucionalización política (proceso por el cual adquieren valor y estabilidad las organizaciones y los procedimientos). lo cual puede ge-

nerar en el largo plazo, tendencias revolucionarias. El cambio económico-social amplía velozmente la conciencia política, multiplica las demandas y éstas sobrepasan la capacidad del Estado para responderles. En términos tocquevilleanos, el arte de asociación no crece paralelamente a la igualdad de condiciones. Se estima que no hay un orden público legítimo, porque los gobiernos no controlan a los gobernados y los funcionarios están subordinados a exigencias exógenas (corrupción).

En una sociedad en modernización, nada es fijo y todos se sienten constantemente aguijoneados por el temor a descender y el afán de subir. El dinero clasifica y distingue a los hombres, quienes pugnan por obtenerlo. El espíritu de la nueva sociedad todo lo desborda. Paradójicamente, quienes reciben y promocionan las nuevas ideas de cambio, son la nobleza elevada y la burguesía floreciente. Crece la igualdad de condiciones pero todos se hallan cada vez más espiritualmente separados.

Quienes formaban la “burguesía”, la más ferviente opositora al Antiguo Régimen? Una red de abogados, notarios fiscales municipales, médicos, curas, pequeños comerciantes, periodistas, artesanos, artistas, estudiantes, todos

miembros de la intelectualidad secular periférica, de la parte inferior, indirecta o meramente instrumental de las profesiones, teóricos, con una experiencia mínima en los asuntos del Estado. Sin embargo, durante el Antiguo Régimen, los privilegios de este sector social ya eran notorios. Administraban tribunales, iglesias, municipios, etc. y sólo estaban excluidos de la legislación sobre la milicia.

Por qué las clases medias florecientes se convierten en grupos radicalizados, enemigos del tipo de sociedad que las vio emerger? Dicha oposición no nace de una insuficiencia material sino de la inseguridad psicológica, de la alienación y la culpabilidad personales y de una abrumadora necesidad de un sentimiento firme de identidad. Las clases medias urbanas desean dignidad nacional, un sentimiento de progreso, un objetivo nacional y la oportunidad de realizarse mediante la participación en la reconstrucción general de la sociedad. Todas estas son metas utópicas, que ningún gobierno puede satisfacer. Se avergüenzan de su propia sociedad y tienden a apoyar metas idealistas. Las normas y principios abstractos se convierten en los criterios absolutos, según los cuales juzgan a su propia sociedad y pretenden cambiarla.

En la Francia prerrevolucionaria, había una gran diversidad de intereses, una especie de pluralismo espontáneo. Lo más lógico hubiera sido consensuar, actuar con templanza, hacer moderadas reformas. Sin embargo, al más puro estilo del constructivismo racionalista – diría Von Hayek-, se actuó como si nunca hubiera existido una sociedad civil, queriendo eliminar todo desde la base. En ausencia de partidos políticos, la opinión pública era dirigida por intelectuales, filósofos, estudiantes y oportunistas, quienes recomendaban sustituir las costumbres complicadas y tradicionales que regían a la vieja sociedad por reglas abstractas basadas en la razón y la ley natural. El objetivo primordial era construir una nueva sociedad, para hallar al ser humano completo y desalienado. La gran revolución siempre es la última, la suprema, la fundada en la bondad intrínseca del hombre.

Se manifestaba un gigantesco, rápido y violento llamado a la participación política ampliada pero ningún sector contaba con experiencia en la política abierta ni con herramientas institucionales para canalizar la lucha por el poder. Aparecen los jacobinos -el grupo revolucionario que se impone-, con una nueva tecnología de dominación basada en el fanatismo, la eliminación sistemática de los opositores, la

delación, el amordazamiento de la opinión pública, el control policíaco total, etc. Esta elite o vanguardia dictatorial que intentaría manipular a las masas mediante el terror regenerador, interrumpió la democratización societal, pero se constituyó en el único grupo político organizado que a su vez, allanaría el camino para el autoritarismo bonapartista (11).

Para los jacobinos, una autoridad intelectual con poder político debía definir cuál era el verdadero ciudadano. El conflicto era percibido como una constante apuesta al "todo o nada". Saint Just decía que "la república es un combate diario, es la destrucción de todo lo que se le opone". Además, eran profundamente anticapitalistas y moralizadores -condenaban a la propiedad privada, la industria y el comercio-. Su antipartidismo y su devoción por la unanimidad -en nombre de la "Voluntad General" rousseauiana-, fueron soluciones erradas y muy costosas (en términos humanos y económicos) al problema político de la modernización.

La búsqueda frenética del poder tenía su lógica en un país donde la centralización urbana y administrativa era asfixiante. Desde los tiempos de Luis XIV, el predominio de París y la su-

jeción completa de los poderes locales a sus directivas, era muy importante, con lo cual la nobleza había perdido su rol social de moderador de la monarquía. Pareciera deducirse que las revoluciones no se producen en países en los que la fuerza política se halla dispersa en un millar de lugares y una multitud de individuos se sienten personalmente involucrados en los problemas permanentes de una parroquia o municipios autónomos. En la práctica, no hace falta mucha acción franca de los grupos rebeldes para derribar al viejo régimen y tomar la capital de un país, primero por la centralización del poder y además, porque hay un repentino reconocimiento de que el gobierno ya no existe ^[3].

Francia era gobernada por treinta intendentes (delegados del monarca): bajo el Antiguo Régimen, no había ciudad, burgo, villorrio, aldea, hospital-fábrica, convento ni colegio en Francia, que pudiera hacer su voluntad en sus asuntos particulares ni administrar sus propios bienes a su gusto. Engorrosos trámites administrativos, una gran lentitud, un poder inmenso de los ministros, lo perturbaban todo. Además, París atraía cada vez más población obrera por su “promoción impositiva”.

El país vivió veinte años -previos a la Revolución- de crecimiento económico ininterrumpido, al mismo tiempo que un desastre fiscal continuado. La virtual quiebra de la hacienda pública desesperaba a comerciantes, industriales, rentistas, porque habían prosperado merced a las prebendas estatales, lo cual los impulsaba a reclamar una reforma total.

Francia no era un país de latifundios. Al contrario, predominaba el pequeño propietario rural. Sobre una población de 26 millones y medio de habitantes, había 20 millones de campesinos. Paralelamente a esta singular división de la propiedad territorial, existía un gran número de fortunas medianas y un escaso número de las grandes y una nobleza decadente y opaca. La población había crecido en un número de cuatro millones de habitantes en 27 años. Un fenómeno similar se produciría en la Rusia zarista, un siglo más tarde, con la mitad de los campesinos rusos propietarios de la tierra, tras las reformas agrarias de Alejandro II y el Primer Ministro Stolypin (12).

El pueblo francés se terminó fundiendo en la Nación y ésta en el Estado, al politizarse toda la vida social. De esta manera, ni siquiera la pobreza derriba a los gobiernos revoluciona-

rios. Para Tocqueville, las privaciones materiales postrevolucionarias que habrían sido insostenibles bajo el antiguo régimen, son una prueba de la fortaleza del mismo. Cuantos menos alimentos y comodidades materiales existan, más gente valoriza los éxitos políticos e ideológicos de la revolución por la que tantos sacrificios hacen. Es la fuerza unificadora de la revolución: destruye las viejas clases y sus lealtades limitadas, hay una mayor intensidad en la identificación del pueblo con el sistema político. Antes de la revolución, existía un muy escaso sentido del bien común. A medida que el tiempo transcurría y la Nación se alejaba del Antiguo Régimen, mayor era la obstinación en no volver a él. La Revolución parecía hacerse más cara a la nación a medida que más la iba haciendo sufrir ^[4].

Sobre las libertades locales y las asociaciones

Hay un poderoso instrumento para combatir el individualismo de las edades igualitarias: el interés bien entendido, por las cuestiones locales. No es suficiente con una representación nacional, encargada de los grandes asuntos generales del país.

Hace falta dar una vida política a cada porción del territorio; ello multiplica hasta el infinito, para los ciudadanos, las ocasiones de actuar juntos, de interesarse en el bien público, de sentir todos los días que dependen los unos de los otros, que "viven en sociedad". A tal fin, la administración de los pequeños asuntos conviene más para este efecto que el de los grandes.

La diferencia entre el desarrollo político americano y europeo se manifiesta en la teoría y la práctica de la representación. En Europa, la eliminación de los cuerpos representativos medievales, los estamentos, tuvo como paralelo la declinación de la legitimidad acordada a los intereses locales. El monarca absoluto encarnaba al Estado. Tras la revolución, la asamblea nacional pasó a representar a la Nación. La influencia rousseauiana fue notoria: sólo el todo colectivo poseía autoridad y legitimidad. Los intereses locales, los parroquiales, los de grupo, carecían de ellas. En Estados Unidos, se podía percibir en cambio, un gran dinamismo en su sociedad civil, debido al gran número de sus asociaciones y la diversidad de sus objetivos. Mientras en Francia, el gobierno lo ocupaba todo y en Inglaterra, reinaba un gran señor, en Estados Unidos esos espacios los llenaba la asociación libre.

Las asociaciones voluntarias, con intereses funcionales o propósitos cívicos, religiosos o étnicos, son vehículo de la libertad política por partida doble: escuelas de participación cívica y además, factores efectivos para limitar el poder político. Una asociación política, industrial, comercial o incluso científica y literaria, equivale a un ciudadano ilustrado y poderoso al que no se puede sojuzgar a voluntad ni oprimir en silencio. Aquellas escuelas libres promovían el interés por lo político y reforzaban las habilidades organizacionales. La adhesión de varios ciudadanos a un común programa e interés, el derecho de reunión y la formación de grupos cívicos y partidos políticos habrán de reemplazar a los cuerpos constituidos (las magistraturas, los parlamentos, las comunas, etc.) que antaño frenaban el despotismo del monarca. Las condiciones cambiaban según los siglos: mientras que para Montesquieu, sin nobleza, no hay monarquía sino despotismo, para Tocqueville, sin asociación voluntaria, no hay democracia sino tiranía de la mayoría (13).

Hay un solo peligro derivado de esta vida asociativa vigorosa: los sentimientos y las ideas no se renuevan y el corazón no se ensancha excepto por la acción recíproca de los hombres.

Este pluralismo societal que reivindica Tocqueville, es defensivo y limitante. En él, ningún grupo pretende representar la totalidad de los intereses de un individuo. En la sociedad, se visualizan múltiples canales transmisores de los intereses y a la vez, guardan independencia respecto del Estado. Sin embargo, el siglo XX ha introducido la novedad de un pluralismo de encuadramiento corporativo tutelado por el Estado, que obviamente Tocqueville no conoció. El bien público estaba del lado de la asociación defensiva; la corrupción siempre termina por provocarla el Estado. Si a éste se le otorga la facultad de autorizar su existencia y examinar sus estatutos, no tardará en vigilarlas y dirigir las. Ahora bien, qué ocurre con aquella asociación voluntaria cuya dirigencia tiene como única meta obtener la protección estatal en forma de privilegios, prebendas o monopolios? Qué pasa cuando los miembros de la asociación voluntaria influyen sobre gobernantes o legisladores y obtienen una ley apropiada su interés particular? Este pluralismo ofensivo, orientación mercantilista, que se apropia de los recursos Estado, termina generando una estratificación típica Antiguo Régimen, la cual se instala sobre una infinidad apetencias. Se manifiesta una curiosa contradicción: tradición igualitaria asedia al Estado al paso que produce privilegios que no son igualitarios (14).

Sobre la religión y la libertad

Había que conciliar el espíritu liberal y el religioso, la sociedad nueva y la Iglesia. En Estados Unidos, habían funcionado al unísono pero en Europa, parecían eternamente enfrentados. Tocqueville creía en la posibilidad de un cristianismo republicano y democrático. La religión fue compañera de luchas de la libertad y aseguraba las costumbres, y sin costumbres, no hay libertad. Es el despotismo el que puede prosperar sin la fe, no la libertad. Si ésta puede permitirse relajar el vínculo político, es porque la fe aprieta el vínculo moral. La ley permite al pueblo americano hacerlo todo, la religión le impide concebirlo todo y le prohíbe atreverse a todo. Con el relajamiento de todos los lazos al mismo tiempo, la sociedad perecería.

En Estados Unidos, la religión, que es inmutabilidad, inmovilidad del mundo moral, compensa a la democracia como movimiento perpetuo y agitación permanente del mundo político. Pero esto se produce porque Iglesia y Estado están estrictamente separados. La religión, independiente de los poderes terrenales, no es herida por los golpes dirigidos a aquéllos, como lo ha sido siempre en Europa. Tocqueville refuta al materialismo marxista al afirmar

que la religión espiritualiza a los ciudadanos.

En el mundo aristocrático, la religión educa a la sociedad desde el poder político y configura, así, un orden clerical. En la democracia, la religión educa al poder político desde la sociedad y por ese camino, conforma un poder moral. Los filósofos de la Ilustración consideraban que la tolerancia se robustecía a medida que la fe religiosa decrecía en la conciencia individual. Tocqueville dirá lo contrario: no habrá vida ciudadana, tumulto y conflicto sin el sosiego moral de la piedad del hogar.

Cada sociedad debe contar con una forma de religiosidad adecuada. Tocqueville se opone tanto a la religión civil, impuesta por la voluntad general a título de dogma laico, como al imperio clerical de la sociedad aristocrática o al absolutismo sacro de la república antigua.

Fuentes de consulta:

(1) LUKACS, John, Alexis de Tocqueville: una apreciación histórica, en Revista Libertas, ESEADE, Número 9, Octubre de 1988, Año V, Buenos Aires.

(2) BOTANA, Natalio R., La libertad política y su historia, Instituto Torcuato Di Tella, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

(3) LUKACS, John, op.cit.

(4) BOTANA, Natalio, op.cit.

(5) DRESCHER, Seymour, Dilemmas of democracy, Tocqueville and modernization, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1968.

(6) ZETTERBAUM, Marvin, Tocqueville and the problem of democracy, Stanford, California, Stanford University Press, 1967.

(7) TOCQUEVILLE, Alexis de, El Antiguo Régimen y Revolución, Tomos I y II, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

(8) CHEVALLIER, Jean-Jacques, Los grandes textos políticos, desde Maquiavelo hasta nuestros días, Editorial Aguilar, Madrid, España, 1981.

(9) MERQUIOR, José Guillherme, El liberalismo clásico: 1780--1860, en Reporte, del Cen-

tro de Estudios en Economía y Educación, A.C., México, Número 19. Otoño de 1991.

(10) HUNTINGTON, Samuel P., El orden político en las sociedades en cambio, Paidós, 1990.

(11) ZORRILLA, Rubén H., La Revolución Francesa, en Revista Libertas, ESEADE, Número 14, Mayo de 1991, Año VIII, Buenos Aires.

(12) GUERRERO, Alejandro, La Revolución Rusa, sus causas políticas, económicas y sociales, en Cuadernos de Economía Aplicada, Facultad de Ciencias Jurídicas, Universidad del Salvador, Buenos Aires, 1988.

(13) DIAMOND, Larry, Reconsideración del nexo entre desarrollo económico y democracia, en Estudios Públicos, Centro de Estudios Públicos, Chile, Número 49, Verano de 1993.

(14) BOTANA, Natalio, *op.cit.*

APUNTES SOCIOPOLITICOS SOBRE EL “FACUNDO” DE SARMIENTO

La exposición sobre el libro merece dividirse en dos partes. Una primera, donde se presentan los contenidos de los respectivos capítulos (tres) en los que se distribuye la obra. Una segunda, en la cual, puede analizarse y desmenuzarse la propuesta estratégico-institucional de Domingo Faustino Sarmiento (maestro, legislador, gobernador, embajador, ministro y presidente de la República), para terminar con la cultura política de la “barbarie” y encauzar al país en la “civilización”. Hoy, puede incluso, con mucha mayor perspectiva, apreciarse cuál fue el resultado de aquella experiencia, fundamentalmente, en términos políticos y, si, de alguna manera, éste tiene algún impacto posterior sobre el paupérrimo comportamiento institucional y económico que tuvo la Argentina

durante sesenta años (1930-1990), como caso paradigmático de uno de los pocos países en el mundo, que después de crecer, primero se estancó y luego, ingresó en un tobogán sin fin.

La Obra

Habiéndola publicado por primera vez, en 1845, en el Diario “El Progreso” de Valparaíso, en Chile, Sarmiento presenta “Civilización y Barbarie: Facundo” en tres capítulos. El primero se refiere a la búsqueda y exploración de las factores físico-geográficas y culturales que allanaron el camino a la primacía de estilos políticos de liderazgo caudillista, a la manera de Facundo Quiroga “El Tigre de los Llanos”. Este personaje pareciera ser la excusa en muchos pasajes de esta primera parte, para explicar de una manera vívida y contundente, las condiciones identitarias o idiosincráticas que favorecieron la emergencia de un modelo de país, cercano a la “barbarie” y alejado progresivamente de la “civilización”. En esa primera parte, Sarmiento se interroga acerca de los hábitos, costumbres y razones de la incapacidad política e industrial, la ausencia de ética laboral y en suma, de “res publica”, que los argentinos han exhibido históricamente. Muchas de estas fallencias tienen su origen en la herencia de la

Madre Patria, la Península Ibérica, esa “rezagada de Europa” (Sarmiento 1969, p.15).

En el segundo capítulo, el gran hombre público sanjuanino traza una rápida biografía del personaje Facundo Quiroga como tal, hasta su trágico asesinato político en Barranca Yaco (Córdoba), además de detenerse particularmente en las características autoritarias, rayanas al despotismo, del “antiguo régimen” rosista.

En el tercer y último capítulo, se pregunta acerca del o los posibles beneficiarios políticos de la desaparición de Quiroga, señalando al propio Rosas como principal victimario y establece las líneas de acción posibles que puede generar la dirigencia del país, una vez que deponga a aquél, es decir, las fórmulas estratégico-institucionales y económicas que de algún modo, organicen a la Nación y la inserten en el concierto de las sociedades civilizadas.

Sarmiento convoca a un futuro esperanzador, dadas las posibilidades institucionales que se le abren a la Argentina, una vez que se desprenda del despotismo. Optimista, afirma que en el mundo, no abundan territorios tan desiertos y al mismo tiempo, civilizables, un sue-

lo en América tan privilegiado como el nuestro, y por lo tanto, con tanta potencialidad.

Las razones del atraso institucional e industrial

En ocasiones, a través de la descripción de los estilos de dirección de importantes “hombres fuertes” de la historia, se pudo rastrear las características o rasgos sobresalientes de determinados pueblos. Por ejemplo, a partir de la observación de militares pero también estrategas y conductores políticos, como Alejandro Magno o Bolívar, pudieron establecerse las cualidades de los griegos y colombianos, que dieron lugar a la emergencia de aquellos líderes. El mismo ejercicio puede realizarse con el propio Facundo Quiroga. A la falta de un Tocqueville, que haga un diagnóstico sociopolítico de la realidad argentina, tal como la hizo el observador francés sobre la norteamericana, Sarmiento sugiere estudiar la identidad nacional, que pudo haber alentado el surgimiento de caudillismos como el del riojano (Sarmiento 1969, p. 14, 20 y 21).

Sarmiento comienza por describir las condiciones del “desierto bárbaro”, en el que vivió y creció Facundo. Lo asemeja al hábitat propio

de los jefes de caravana o tribus beduinas errantes, representantes de la cultura árabe, habituados a luchar en soledad contra los peligros físicos de la naturaleza. Las largas travesías, sin avistar seres humanos, los rigores del clima cambiante, la persecución de los animales feroces, la lucha contra los ladrones rapaces, eran obstáculos típicos que hacían enormemente dificultoso la vida civilizada. Los grupos humanos eran efímeros, los pueblos revestían características semif feudales y no existía otra forma de dirección que la del jefe de caravana. El orgullo viril, la fuerza brutal sin inteligencia, la presunción y la arrogancia eran los rasgos distintivos de estos caudillos. La inseguridad de la vida, habitual y permanente en la campaña, imprime en el carácter argentino, cierta resignación estoica e incluso, indiferencia, por la muerte violenta (Sarmiento 1969, p. 24 y 28).

En aquella sociedad medieval tan particular, sin barones ni castillos, no había espacio ni tiempo para la ciudad, lo municipal, lo público, la asociación civil, el respeto por la autoridad, la organización, el progreso moral, es decir, todo aquello que podría sintetizarse en “res publica” o, en términos más contemporáneos, ciudadanía. El más crudo individualismo regía en esas superficies inhóspitas y hostiles para la

vida humana. La cultura del espíritu era inútil e imposible (Sarmiento 1969, p.33).

Cómo era el país en aquel momento? Pampa más selva, con llanuras al centro. Sarmiento nos habla de una unicidad cultural, a partir de un unitarismo físico. Sólo dos ciudades emergían con cierta distinción, respecto a ese panorama generalizado. Una era Buenos Aires, apareciendo ya como la llamada a ser la más grandes, la más refulgente, capaz de centralizar todas las riquezas del país, de la mano de la prosperidad de su puerto, gracias al contrabando del Río de la Plata. La otra, Córdoba, la “Docta”, juzgada por Sarmiento como una ciudad de 160.000 almas, conservadora y contrarrevolucionaria desde 1810 y el foco de Liniers, finalmente aplastado en forma sangrienta, en Cabeza del Tigre. El resto del territorio heredado del Virreinato del Río de la Plata, era pobre y despoblado. Incluso ciudades de cierto fulgor en otros tiempos, como San Juan y la Rioja, habían perdido esplendor –y población-, de la mano del influjo despótico de Quiroga y sus hombres, que las habían condenado a la expropiación económica y la migración de sus mejores hombres (Sarmiento 1969, p. 26 y 31, 59-70).

Finalmente, Sarmiento, a la manera de Fenimore Cooper, el autor norteamericano de “El último de los mohicanos”, la famosa novela que revela el ocaso de una de las tribus más antiguas del país del norte, paulatinamente asimilada por la civilización, en el marco de la guerra entre británicos y franceses, en la segunda mitad del siglo XVIII, elabora una detallada tipología de los personajes que la “barbarie” ha encumbrado. El rastreador, el baqueano –donde se encarga de citar el caso del general Fructuoso Rivera, el archirrival del comandante Oribe en la Banda Oriental del Uruguay-, el gaucho “malo” y el cantor –semejante al trovador medieval-, son los cuatro exponentes de una era que la estrategia sarmientina se propone erradicar. En este contexto, el gaucho tenía dos destinos inevitables: se convertía en malhechor o caudillo (Sarmiento 1969, p.43-51).

Esta última opción fue la escogida por ejemplo, por Artigas, el líder de la Banda Oriental del Uruguay, tras la Revolución de Mayo. La traducción de las expectativas de la campaña en contra de la ciudad, el individualismo y la conducción de la montonera, enmarcaban el estilo político de aquel “bárbaro”, la contracara de la vida civil.

La vida azarosa de Facundo

Facundo Quiroga nació en La Rioja en la última década del siglo XVIII y desde temprana edad, vivió situaciones difíciles, impregnadas de soledad y violencia. Hijo de un sanjuanino de humilde condición, se incorporó al Regimiento de Arribeños y luego al de Granaderos a Caballo, pero desertó en ambas ocasiones, lo cual mereció por parte de Sarmiento, juicios tremendamente críticos, aludiendo a su falta de patriotismo y gallardía, comparándolo con otros militares argentinos, que sí lucharon en las Guerras de la Independencia (Sarmiento 1969, p. 71-82).

Facundo se volvió a su paraje natal, en compañía de algunos seguidores y saqueando para alimentarse, en poco tiempo, se hizo fuerte en La Rioja y empezó a tener un rol preponderante en el escenario político local. Deponiendo a los Ortiz de Ocampo (otro héroe de la Independencia) y los Dávila en La Rioja o a otros enemigos en San Juan y otras Provincias vecinas, priorizando la mayor o menor obsecuencia política, por encima de la capacidad de gestión. Condenando a sus opositores, al exilio o a la muerte, por su paso, sembró desgobierno, anarquía, violencia política, crueldad, salvajis-

mo, atraso, nunca gobierno, prudencia, estabilidad, institucionalidad, progreso (Sarmiento 1969, p.83-96).

Sarmiento pasa revista a los combates de Quiroga, particularmente contra el tucumano Araújo de Lamadrid y el cordobés General José María Paz, líder de la Liga Unitaria, ambos héroes del disuelto por la anarquía, Ejército del Norte de Manuel Belgrano. Rincón, El Tala, La Tablada, La Ciudadela, Oncativo, Río Cuarto, Chacón son los tristes escenarios de victorias y derrotas, que riegan de sangre argentina los años treinta del siglo XIX, en una guerra civil sin sentido, claro está, excepto para quienes se mantuvieron arbitrariamente en el poder por aquellos tiempos. La guerra era el teatro preferido de operaciones de Quiroga, alternándolo con su frecuentes visitas a Buenos Aires u otras Provincias de caudillos aliados, con quienes se reunía, usando vestimentas singulares que siempre despertaban críticas, aún de sus allegados. Pero, de este modo, Facundo revelaba su desprecio y desdén por sus adversarios, pretendiendo ser respetado o temido por sus aliados (Sarmiento 1969, p. 97-175).

Tanto el luego gobernador de Buenos Aires, General Don Juan Manuel de Rosas como el de

Santa Fe, el Brigadier General –ex jefe del Regimiento de Blandengues-, Don Estanislao López, son figuras claves en la historia política de Facundo. El primero, reconocido como el conductor de una causa federal, que Quiroga trataba de expandir en el interior, a través de las armas y la intriga política, cuando no por la negociación. El segundo, también considerado a priori como un aliado, aunque el juicio histórico hoy, merece dudar de la genuina vocación de amistad entre los dos –e incluso tres- personajes citados. El recelo permanente y la puja por el liderazgo, pudieron haber contribuido a minar las relaciones entre ellos, perjudicando notablemente a Quiroga y López, en favor del propio Rosas.

El crimen de Quiroga en Barranca Yaco (Córdoba) en 1835, a pesar de las múltiples advertencias de que evadiera esa peligrosa ruta, luego de haber solucionado una reyerta entre los gobernadores de Salta y Tucumán, todavía en la actualidad, no tiene una dilucidación total, aunque está claro que primero, López, y luego, Rosas, ya en soledad, a partir de la propia misteriosa muerte del caudillo santafesino en 1841, fueron los beneficiarios políticos indirectos de la desaparición del líder riojano.

Desde 1835 –habiendo eliminado a los comandantes de campaña- hasta 1853, con su derrota en Caseros, Rosas pudo gobernar con “puño de hierro”, la Confederación Argentina, llegando a batallar hasta las propias naciones europeas (Inglaterra y Francia), que en algún momento, coaligadas a los unitarios en Montevideo, pretendieron liberar la navegación en el Río de la Plata. Con un férreo aparato de seguridad o parapolicial interno (la tristemente célebre Mazorca), con la Aduana de Buenos Aires, subsidiando la producción de sus saladeros y explotaciones ganaderas bonaerenses, cerrando la navegación de las vías fluviales interiores, prohibiendo la libertad de cultos y de prensa, cerrando colegios y la Universidad, expulsando a los jesuitas, escritores y literatos, en suma, con el soporte de instrumentos de represión y despotismo, legitimados a través de dudosos plebiscitos, métodos similares a los de Gaspar Rodríguez de Francia en Paraguay – durante cuarenta años-, Rosas pudo sobrevivir incólume, ahogando las potencialidades de un país, que luego demostró al mundo, adónde podía llegar, al liberarse de su “liberador”. Alguien que se negó sistemáticamente a brindarle al país, cierta institucionalidad mínima, como por ejemplo, una Constitución, porque razonaba, al igual que no pocos dictadores en la historia mundial, que la sociedad “no estaba

preparada” para darse su propio gobierno u organización política (Sarmiento 1969, p. 231-239).

La fórmula postrosista

El aislamiento y el atraso del país habían sido los legados del oprobioso régimen rosista. Generaciones de exiliados volvieron al país, para reconstruirlo, superando las viejas antinomias entre federales y unitarios, de manera de diseñar las bases institucionales que conducirían a la nación, a una senda de “civilización”: orden y progreso. Incluso, ex rosistas, interpretando que se estaba en vísperas de cambiar las reglas de juego históricas, depusieron sus antiguos rencores y se inscribieron en el nuevo escenario.

Libre navegación de los ríos, educación pública, libertad de prensa, dignidad al culto, atracción de inmigración europea—elemento principal de orden y moralización—, eran los instrumentos apropiados para transformar la sociedad de la que habían emergido los Quiroga, los Artigas, los López, los Ibarra, los Rosas (Sarmiento 1969, p. 240) (Larraín 1994, p. 42).

La apuesta era generar una nación de inmigrantes. El propio Preámbulo de la Constitución de 1853, que incluso modifican el de su similar norteamericana, dice “para todos los hombres del mundo”. Para todos. Las naciones son singulares, el mundo es universal. Esta cláusula, sin embargo, estaba restringida por otra que figura en el cuerpo de la Carta Magna, que le imponía al Gobierno federal, la misión de promover la inmigración europea (Botana 2000).

Es decir, que la Argentina debía ser, para sus Padres Fundadores, una nación de inmigrantes. Y lo extraordinario del caso, es que lo fue. En toda acción histórica hay designios, programas, proyectos que se trazan hacia el porvenir, y efectos o consecuencias, queridas y no queridas. Esta es la trama básica de la historia política sobre el tema. Lo que algunos protagonistas quieren y lo que ocurre a pesar de lo que quieren.

El designio era muy claro: había que construir una Argentina poblada por europeos nórdicos, provenientes de las naciones centrales del Viejo Mundo. Y el resultado no deseado fue que a la Argentina llegó la Europa del Mediterráneo, de los italianos del norte y del sur, de

los gallegos, es más, de las comunidades de tierras muy lejanas, como los rusos, los polacos, los judíos y los sirio-libaneses, herederos del Imperio Otomano. Tal proceso dio origen a la Argentina plural y con ello, lo que el gran historiador argentino, José Luis Romero, llamó, la “aventura del ascenso”.

Por lo tanto, los factores fundamentales de la nueva identidad argentina, pueden rastrearse en el pensamiento de Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento. Los tres conceptos son bastante divergentes respecto a cómo debía ser esa inmigración.

Para Mitre, la inmigración debía ser espontánea. Un país generoso, que dejaba librado el movimiento de la inmigración a la espontaneidad. Para Alberdi, la sede de la inmigración debía ser la sociedad civil, es decir, inmigrantes, familias de inmigrantes que llegaban a estas orillas a hacer su vida de trabajo en paz, separados de la política. Mucha vida civil y poca vida política, era la ecuación deseable (Botana 2000).

Para Sarmiento, en cambio, no era satisfactorio que el inmigrante forjara su destino solamente en el ámbito de la sociedad civil. Si los

inmigrantes no se convierten en ciudadanos, es decir, si no asumen ellos mismos, el deber, no solamente el derecho, sino el deber del ejercicio de la libertad política, la Argentina podía tener –como lo tuvo–, en el siglo XX, un desarrollo trunco, y tal vez, hasta podría padecer ilusiones demagógicas.

En este debate, tanto Alberdi como Sarmiento finalmente, parecen haber tenido razón. El primero, porque Argentina, sin duda, logró siendo un mosaico muy plural de naciones, niveles de integración espontánea mucho más altos que el de naciones más antiguas como la propia España o Bélgica. Téngase en cuenta que no hubo ningún país en el mundo que haya recibido semejante cantidad de inmigrantes en relación a la población original. Pero también el segundo, porque nuestra sociedad fue receptáculo para la intolerancia y el antisemitismo, soportando terribles experiencias autoritarias.

El déficit político de la “república posible”

Recién después de sucesivos fracasos, en calcar en su totalidad, constituciones europeas y norteamericanas en las “patrias bobas”, las elites intelectuales abandonaron las ingenuidades

propias del Iluminismo racionalista, que habían motorizado la postguerra de la Independencia, para atender algunas características de la política autóctona y así, intentar regímenes de gobierno modernos, “civilizados” pero también viables (Mayer y Gaete 1998, p. 204).

El *quid* de la cuestión era encontrar la forma en que sociedades no revolucionarias como la descrita por Sarmiento, intentan conformar actores políticos inexistentes, sin cuyo concurso la idea de gobierno republicano por la división de poderes se convierte en una hueca distribución de funciones y competencias, pasibles de ser violadas por cualquier grupo más o menos homogéneo y activo.

El desafío para los ingenieros constitucionales de la época fue: 1) fundar un gobierno republicano en sus principios y forma, sobre una sociedad civil marginada en su mayoría de la vida política, sólo agregada en sus formas más rudimentarias; 2) plasmar en el régimen de gobierno, la idea de continuidad del Estado, sin tradiciones autóctonas legitimadas para las elites secularizadas en los principios de un liberalismo político independentista y siendo un desprendimiento reciente del sistema colonial y, 3) intentar institucionalizar a grupos estamen-

tales enraizados en fuertes localismos (Mayer y Gaete 1998, p. 205).

Se terminó cayendo pues en un republica-
nismo forzoso, que intentó subsanar la caren-
cia de actores políticos concretos, configurán-
dolos a través de mecanismos institucionales.

Por ejemplo, puede mencionarse el presi-
dencialismo exacerbado, una suerte de “Facun-
do institucionalizado”, donde la figura del pre-
sidente es asimilada a la de un rey, como sínó-
nimo de permanencia en el ámbito del Estado,
sin sujetarse a los vaivenes del capricho popu-
lar, pero sin una dinastía que lo legitime. El Co-
legio Electoral como sistema indirecto de elec-
ción presidencial, destinado a restringir la di-
fusa voluntad popular, terminó convirtiéndose
en una oligárquica “liga de gobernadores”,
subordinados a la figura presidencial. La con-
formación del Senado sirvió como espacio a la
institucionalización de las oligarquías provin-
ciales, conjugando las posibilidades del Estado
centralizado con un carácter fuertemente fede-
ralista. Finalmente, la Cámara de Diputados
que pudo aparecer como la expresión de la le-
gitimación directa de la ciudadanía, encontró
las limitaciones del voto censitario y el sesgo
que las Provincias provocaron al constituirse

en distritos electorales (Mayer y Gaete 1998, p. 206).

Concretamente, hubo bastante dosis de pragmatismo en la segunda etapa de discusiones sobre la ingeniería institucional post-anarquía, enfatizando las tradiciones políticas autóctonas, con las que debía tropezar un orden republicano. Incluso, hubo ciertas corrientes bolivarianas que buscaban formas originales de conciliar elementos de dicha política autóctona con las fórmulas extranjeras, y que sin duda, también influyeron sobre los Padres Fundadores argentinos, algo no debidamente reconocido por la historiografía crítica nacional. Durante los años cincuenta, los Alberdi y Sarmiento, ya pensaban en términos de una “república posible” y no de una “república ideal”, considerando como nunca, las ineludibles limitaciones que imponía la realidad del “Facundo” (Mayer y Gaete 1998, p. 207).

Precisamente, las fuertes discusiones que generó la figura de Rosas, en torno a aquella generación, revela la relevancia que podía tener el caudillismo, como objeto de crítica o fenómeno a extirpar o a considerar como inevitable. En efecto, para unos, Rosas era el símbolo de un caudillismo a eliminar como fenómeno

sociopolítico; para otros, como el propio Alberdi, Rosas encarnaba un espacio de orden y poder en alto grado, con un mínimo de consistencia social, necesarios para la posterior implantación de la república moderna. La era del terror rosista era la “partera” de la república. De la mano de otro caudillo u hombre fuerte (Urquiza, ex rosista), se derrocó a Rosas, se abrió la navegación interior, se abolieron las aduanas provinciales, se dictó una Constitución, se estimularon la inmigración y la inversión extranjeras (Mayer y Gaete 1998, p. 209)

Ante la imposibilidad de generar una autoridad política en términos de articulación de intereses y valores a partir de una sociedad escasamente diferenciada como la analizada por Sarmiento en el “Facundo” y como sí podía describir Tocqueville en Norteamérica, los propósitos del gobierno pasaron a estar más orientados a crear su objeto de dominio que a expresar sus demandas.

Nació así una vieja idea para la historia argentina, de intentar plasmar la idea de la modernización política, por la vía autoritaria, con un liberalismo como ideología, incapaz de instaurar un orden político estable en su más alto grado de expresión. Una Constitución en la

forma, republicana pero monárquica en el fondo, con un orden y una virtud ciudadana, impulsadas desde “arriba”, con un absoluto desprecio y temor por una voluntad popular ciega, caprichosa e irracional, terminó resultando la fórmula estratégica de la “república posible”.

Para el propio Sarmiento, y a pesar de su gran admiración por la Estados Unidos descentralizada, municipalista, agraria y educada, Rosas había destruido las resistencias locales, por lo que estaba todo listo, una vez derrocado su gobierno, para establecer un orden cimentado sobre la unión nacional. El federalismo era interpretado como un caudillismo carismático, disgregador, anárquico, salvaje, pero tenía el carácter de transitorio, frente a la Ciudad, sinónimo de civilización, legalidad de ordenaciones estatuidas y dominación racional, genuinamente encarnadas, por ejemplo, en Rivadavia. Un Estado centralizado no podía ser otro que el estadio final, erigiéndose sobre un conjunto de autoridades provinciales, que habían desgarrado un territorio presumiblemente común (Mayer y Gaete 1998, p. 212 y 217).

Como corolario, el presidencialismo alberdiano y un Estado centralizador, en tanto instrumentos en donde se encarnaron un proyec-

to político y modernizador (“la república posible”), demostró sus deficiencias al momento de integrar una comunidad política (“la república verdadera”) en la Argentina. Sus roles como constructores de la ciudadanía y el orden político, como elementos centrales entre sus funciones, invirtieron los términos en la relación entre los actores políticos y el Estado produciendo, disfunciones institucionales graves con el transcurso del tiempo. La razón republicana y la razón democrática vivieron a partir de allí, en constante tensión. Recién en los últimos dieciocho años, parecen reencontrarse, no sin dificultades.

La imposibilidad de orden político legítimo y consensuado desde 1930, con crisis recurrentes provocadas por irrupciones oligárquicas, populismos y regresiones autoritarias; un federalismo abstracto e irreal, sin intérpretes responsables a nivel local, más una sociedad civil débil y poco asociativa, que expulsa capital humano, a partir del notorio descenso de los ideales sarmientinos de la educación y el trabajo, en un territorio que sigue siendo subpoblado, como en la época del “Facundo”, pueden seguramente hallar alguna causalidad con el flagelo de la “barbarie”, la cual, lejos de ser resuelta por determinadas instituciones, fue agravada.

Conclusión

Claramente, lo político, si bien está sujeto como lo económico a cambios en la legislación, al mismo tiempo, está muy atado a costumbres y hábitos culturales, muchos más fuertes y sólidos que en el campo económico. Hay pues, una cierta, no total, continuidad que tienen raíces de tipo cultural. Con seguridad, los vicios del “Facundo” han sobrevivido a lo largo del tiempo, sin poder ser extirpados de la tradición política argentina, a pesar del impacto de la propia inmigración y la ejecución de diseños institucionales, que incluso los habían previsto explícitamente.

Todavía hoy, se discuten las consecuencias de aquel proyecto estratégico de los Padres Fundadores, que pretendió sortear los defectos de la sociedad del “Facundo”. Un éxito económico singular, pero que no fue duradero, más un déficit notorio en la faz política, que no alcanzó a corregir la carencia institucional y la inexistente vocación cívica, denunciados por ese gran hombre obsesionado por lo público, como fue Sarmiento (Gallo 2001), se constituyeron en los resultados deseados e indeseados de la “república verdadera”.

Fuentes de consulta:

BOTANA, Natalio, Mesa Redonda sobre “La identidad argentina”, Rotary Club de Buenos Aires, 1 de noviembre de 2000, www.rotaryba.org.ar.

GALLO, Ezequiel, La obsesión por lo público, 26 de febrero de 2001, www.educ.ar.

GALLO, Ezequiel, Los orígenes de una larga crisis, en Diario La Capital de Rosario, Suplemento Cultural, domingo 3 de octubre de 1999, www.rosariolibros.com.

LARRAIN, Jorge, La identidad latinoamericana, Teoría e historia, en Revista Estudios Públicos, Centro de Estudios Públicos (CEP), Santiago de Chile, Número 55, Invierno de 1994, páginas 31 a 64.

MAYER, Jorge A., GAETE, Alejandra, La República vacía (genealogía del presidencialismo argentino), en ORLANDI, Hipólito (compilador), Las Instituciones Políticas de Gobierno, Volumen 1, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

SARMIENTO, Domingo Faustino, Facundo,
Losada, Biblioteca clásica y contemporánea,
Buenos Aires, 1969.

LATINOAMERICA: CULTURA POLÍTICA Y FRACASO ESTATAL

El presente trabajo tiene como objetivo central, discutir el papel de los Estados-Nación en esta era globalizadora, sometiendo a prueba a ésta, tratando de definir hasta qué punto factores culturales domésticos, que terminan configurando Estados (instituciones políticas y elites gobernantes) fracasados, son decisivos para bloquear las virtudes y recibir las lacras de aquélla. El eje geográfico del debate será América Latina, interrogando sobre el futuro de la región, en un contexto signado por flagelos como el desprestigio de las instituciones políticas, la inseguridad pública, el avance del narcotráfico y el pobre desempeño económico, lo cual se traduce en una manifiesta pérdida de capital humano: emigraciones masivas, desempleo, mortalidad infantil, etc., lo cual no hace más que aumentar su rezago respecto a las áreas del mundo más desarrollado.

Introducción

Con la Caída del Muro de Berlín, liberales ingenuos y progresistas sembraron enormes expectativas respecto a las posibilidades de expansión de la marea democrática en América Latina. Los primeros, como el neohegeliano Francis Fukuyama, interpretaron el avance inexorable de la democracia capitalista, por la fuerza de factores estructurales como la revolución tecnológica y de los medios de comunicación. Los segundos, tanto los transitólogos (como O'Donnell) y algunos filósofos-políticos europeos, tampoco dejaban margen para el pesimismo. Los transitólogos confiaban en la supremacía del poder civil sobre el militar, augurándole a la democracia, a partir de dicho control, enormes posibilidades terapéuticas, incluso para los males económicos y sociales históricos en la región. Los filósofos políticos europeos buscaban darle un contenido más social, a las nuevas democracias, pensando en la posibilidad de recrear Estados Benefactores al más puro estilo del Viejo Continente. Unos y otros descuidaron, subestimaron y hasta subordinaron problemas básicos sobre los que por ejemplo, Samuel Huntington llamó la atención hace ya mucho tiempo, como el orden, las instituciones y la cultura política (conjunto de orientaciones o posturas relativas al sistema político y

sus diferentes elementos, así como actitudes relacionadas con la función de uno mismo dentro de dicho sistema) (Almond y Verba, 1992, p.179).

En efecto, tanto en “El orden político en las sociedades en cambio” escrito en los sesenta como en su más reciente “Choque de civilizaciones”, el profesor de Harvard y ex funcionario de la Administración Carter, advierte sobre la relevancia de los mencionados factores en la construcción de los países. En el flamante “La cultura es lo que importa”, prologado por el propio Huntington, también se llama la atención, con mayor ahínco, sobre la relevancia incluso de la cultura económico-laboral, traducida en el ejercicio de valores como la gratificación por el esfuerzo, el ahorro, la disciplina laboral y el cumplimiento de los contratos. Este bagaje cultural perfila la propia conformación de los Estados, constituyéndose en su verdadero cimiento (Huntington, 1996) (Berger, Lechner, Mora y Araujo y Morandé, 1990, pp.1-34).

Sin ir más lejos, en los países latinoamericanos, de manera similar a otras regiones del mundo como ciertos países africanos, divididos por enfrentamientos tribales o los países de la ex URSS, asolados por explosiones nacionalistas y mafias de la droga, las cuatro características típicas de la estadidad, es decir, la externalización de la autoridad, la institucionalización (coerción física y jurídica) de la autoridad, la diferenciación del control y la internalización de la identidad colectiva, están presentes en forma parcial. En algunos países como los centroamericanos, Colombia, Brasil y progresivamente, la Argentina, los tres primeros requisitos prácticamente se hallan anulados o desafiados por fuerzas disgregadoras como el narcotráfico o los escuadrones de la muerte. En otros, como los de la zona andina (Ecuador y Perú), incluso el cuarto requisito se halla jaqueado.

La falta de control sobre el territorio, la insolvencia fiscal y la falta de legitimación para ejercer la potestad tributaria, verificada en la enorme economía informal o ajena al circuito normativo (impositivo y laboral), agudizan la situación de los Estados-Nación latinoamericanos, colocándolos al borde de su fracaso como tales.

En Latinoamérica, el propio concepto de ciudadanía aparece jaqueado por la totalidad de estas fuerzas disolventes, que intentan retroceder hacia configuraciones prepolíticas. Se entiende por ciudadanía, la autocomprensión universalista del Estado democrático de Derecho: “la nación de ciudadanos” (Habermas, p.92).

Más gráficamente, oponiendo dos modelos de ciudadanía, sustancialista y procedimentalista, en términos de Habermas, pueden observarse sus rasgos particulares:

| | |
|---------------------------|------------------------------|
| Ciudadanía sustancialista | Ciudadanía procedimentalista |
|---------------------------|------------------------------|

| | |
|----------------------|---|
| Etnia | Demos |
| Identidad cultural | Elección individual |
| Consenso prepolítico | Consenso político |
| Pueblo | Ciudadanía |
| Integración | Integración abstracta (Derecho posi- |
| Acatamiento | vo) |
| Voluntad popular | Deliberación |
| | Autolegislación (aceptación racional de |
| Fuhrer | regulaciones) |
| | Orientación de mutuo entendimiento |

En Europa y otras regiones del mundo desarrollado, los Estados-Nación aparecen amenazados por un doble “movimiento de pinzas”, internamente, por el rebrote de identidades nacionalistas (ciudadanía sustancialista) y externamente, por la globalización (“la intensificación de las relaciones a escala planetaria que provoca una influencia recíproca entre sucesos de carácter local y otros que acontecen en lugares bien distantes”, en términos de Giddens) (Habermas, p.97).

Filósofos alineados con la socialdemocracia europea, si bien partiendo desde una perspectiva crítica del enfoque sustancialista, consideran insuficiente el enfoque procedimentalista, en un contexto de creciente globalización, dado que ésta genera tecnobrucracia (más mercado y menos política) y exclusión social, tornando vana la democracia procedimental.

En América Latina, en tanto, puede afirmarse que aún la ciudadanía procedimentalista es incompleta, por el peso de la tradición política caudillista, paternalista y corporativista, propia de esta región, conquistada por los países europeos meridionales. En un escenario prepolítico, la ciudadanía parece tornarse una ilusión dada la fuerte raigambre de estilos políticos feudales, providenciales, fundacionales, suprainstitucionales, poco propensos al reconocimiento de esferas de autonomía individual, que obren como diques de contención del poder político. En América Latina, a diferencia de Europa, el problema del orden es de primer rango, y previo a la definición de ciudadanía.

La relevancia del choque cultural

Aunque esa realidad data de muy pocos siglos, los Estados-Nación seguirán siendo los agentes más poderosos en los asuntos mundiales, pero en los principales conflictos políticos internacionales se enfrentarán naciones o grupos de civilizaciones distintas, el choque de civilizaciones do-

minará la política mundial.

Con el fin de la Guerra Fría, la política internacional abandonó su fase occidental y su eje pasó a ser la interacción entre la civilización occidental y la no occidental, o entre civilizaciones no occidentales. Pueblos y gobiernos no occidentales ya no son blanco de la historia del colonialismo occidental, y ahora son, junto con los países occidentales, impulsores y conformadores de la historia (Huntington, 1993).

El concepto de civilización es una entidad cultural, la organización cultural más alta de personas y el nivel de identidad cultural individual más amplio, definida tanto por elementos objetivos comunes (idioma, historia, religión, costumbres, instituciones) como por autoidentificación subjetiva de la gente.

Las civilizaciones (ocho en total: occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslava ortodoxa, latinoamericana y africana), son entidades dotadas de sentido, dinámicas, ascienden y descienden, se dividen y fusionan. Y hasta desaparecen: llegaron a existir hasta veintiuna. Hoy, en Europa, una suerte de “cortina de terciopelo” de la cultura reemplaza a la “Cortina de Hierro” de la ideología y separa al cristianismo occidental por una parte y al cristianismo ortodoxo e Islam por la otra (Huntington, 1993).

Cuáles son los fundamentos de esta lucha civilizacional? Primero, las diferencias no son sólo reales sino fundamentales; porque son el resultado de siglos y no desaparecerán rápidamente. Son mucho más determinantes que las diferencias entre ideologías y regímenes políticos. Segundo, el mundo se empequeñece. Al aumentar las interacciones entre los pueblos, gracias al globalismo, aumenta la conciencia de la propia civilización y de las diferencias, animosidades y similitudes con las restantes. En tercer lugar, los procesos de modernización económica y cambio social separan a la gente de sus viejas identidades locales, debilitan como fuente de identidad al Estado-Nación pero en su lugar hacen resurgir a la religión como base de compromiso social -deseccularización del mundo (George Weigel)-. Cuarto, al hallarse Occidente en la cúspide del poder, como lo estuvo Oriente en otras épocas, impulsa la toma de conciencia sobre la propia civilización en los no occidentales. Lo anhelos de dar al mundo, formas no occidentales, junto con la voluntad y los recursos para conseguirlo, son cada vez mayores: rusificación, reislamización, hinduización, etc.

Mientras a diferencia del pasado, las elites de las sociedades no occidentales, se desoccidentalizan o indigenizan, las masas se ven influidas cada vez más por hábitos, culturas y estilos occidentales (mayormente estadounidenses). En los países árabes, por ejemplo, los niveles de desarro-

lo económico y social ya son incompatibles con las formas autocráticas de gobierno y esto favorece la presión por la democratización, que paradójicamente favorece a movimientos islamistas y por lo tanto antioccidentales. La demografía también complica el escenario, aumentando el racismo contra las minorías no occidentales en Europa (Huntington, 1993).

Quinto, las características y diferencias culturales cambian menos que los problemas o rasgos políticos y económicos y por ende, resultan menos fáciles de resolver. En los conflictos ideológicos, uno podía cambiarse hasta de bando pero en materia religiosa, es muy difícil ser medio católico y medio musulmán.

Por último, aumenta el regionalismo económico. La Unión Europea, el NAFTA, el MERCOSUR, el CARICOM, son bloques que integran países con culturas similares.

Hay dos interesantes fenómenos que deben entenderse en el contexto de este choque civilizacional. Por un lado, el síndrome del país afín, es decir, la posibilidad de identificar países o naciones a priori antagónicas o extrañas entre sí, pero que al entrar en juego cuestiones religiosas, terminan aliándose contra otras, de diferentes culturas. Las comunidades culturales transnacionales, o diásporas, están adquiriendo nueva relevancia. Las diásporas aportan dinero, armas, combatientes y líderes a sus grupos ancestrales que luchan por la libertad. A veces, algunos gobiernos musulmanes, dudan en apoyar a los rebeldes de otro país, porque la independencia de éste, podría tener implicancias para las minorías internas de sus propios países (Huntington, 1999, p.21).

Por el otro lado, la presencia de países “escindidos” (Turquía, Rusia y México), es decir, divididos en su sociedad, respecto a pertenecer a una civilización o a otra. Para redefinir su identidad como civilización, un país escindido debe cumplir tres requisitos. Tanto su elite política y económica como su pueblo deben estar dispuestos a aceptar la redefinición. Pero además, los grupos dominantes de la civilización receptora deben estar dispuestos a aceptar al converso.

Es que la mayoría de los intelectuales confunde “macdonaldización” o “cocacolonización” o “mundialización” o “globalización” con “occidentalización”. El primer proceso alude al consumismo, a la importación del modelo y patrones de consumo, típicos del capitalismo, crecientes en el mundo, nada originales, porque fenómenos similares se vivieron a fines del siglo XIX o en la década del sesenta (modernización). El segundo alude a algo mucho más profundo: la asimilación de una cultura institucional profundamente respetuosa a la libertad humana, la igualdad ante la ley y el gobierno limitado. Claramente, cada vez mayores franjas del

mundo viven bajo las pautas del primer proceso aludido, aunque pueden señalarse ciertas restricciones: sólo el 10 % habla inglés, muy pocos acceden a la informática o Internet, o hacen transacciones bancarias, por vía electrónica. En cambio, el arraigo de los hábitos democráticos, genuinos y profundos, lleva mucho tiempo y por lo tanto, no todos los países pueden llegar a convertirse en tributarios de dichos valores y creencias (Huntington, 1999, p.21).

Respecto a la globalización como fenómeno económico, evidentemente no todos quieren ser cocolonizados. Por ejemplo, en una aldea francesa a orillas del lago Lehmann, a sus agricultores tampoco les gusta saber nada con los hipermercados: están muy desesperados por conservar su estilo de vida y su lengua. También es inquietante que a medida que nuestro mundo se integra a través de la revolución en las comunicaciones, esto es para los jóvenes universitarios de clase media tecnológicamente instruidos (10 % de la población), también se va desintegrando. Argentina e Indonesia no pueden hacer en cuatro años, procesos que por ejemplo, en ocasión de la Revolución Industrial, a países afortunados como Gran Bretaña y Europa Occidental, les llevó cuatro generaciones, resolver el pasaje a la nueva realidad. Debe combatirse el hiperoptimismo que nos augura que el mundo entero se convertirá en el Silicon Valley. Mirado desde una aldea africana, el valle de la computación está más lejos que nunca (Kennedy, 1999, p.3).

Grandes países como China, algunos musulmanes, la misma Japón, pertenecen a culturas milenarias, que en ésta como en otras oportunidades, sabrán adaptarse a las nuevas circunstancias, manipulando los procesos, es decir, absorbiendo las "bondades" de la globalización económica (mayor cantidad de bienes y servicios), pero rechazando el proceso de occidentalización. Prefieren seguir en manos de tiranías monopartidistas, teocracias, aristocracias feudales o sencillamente dictadores militares, antes que abrir sus sistemas políticos, permitir elecciones libres a la opinión pública y garantizar la independencia del Poder Judicial. Sus élites se forman en países desarrollados, pero al regresar a sus respectivos países supuestamente oprimidos por las ex metrópolis, se convierten en gobernantes paternalistas, que hacen coexistir economías relativamente libres con contextos políticos francamente autoritarios y cerrados. Además, la lucha política se confunde con la religiosa y ésta es la que marca el rumbo de la confrontación con Occidente, que amenaza con destruir los valores propios de la civilización local.

Huntington también advierte sobre la necesidad de tomar parte en la lucha civilizacional, precisamente respaldando a los integrantes de su propia cultura política, es decir, América del Norte, Europa Occidental y

Oceanía, incluyendo desde luego a Europa Oriental y América Latina, cuyas culturas no se contraponen con la occidental. Fortalecer esos ejes, promoviendo las instituciones de Occidente, concretando acuerdos hemisféricos-como el NAFTA o ALCA-, que ayuden a consolidar la democracia y el capitalismo en esta región del continente y, consensuando sobre políticas comunes en narcotráfico, migraciones y el problema social.

Claramente, los puentes entre las dos Américas se hallan presentes. El papel que presenta Latinoamérica para Estados Unidos, es lento pero paulatinamente, creciente. Si bien el valor que históricamente le asignó Estados Unidos a Latinoamérica fue cero, pero eso está cambiando por varios motivos. Primero, la política exterior norteamericana es un reflejo de su política interior. Así como la política norteamericana hacia Israel está muy influenciada por el alto poder adquisitivo y la alta militancia de los judío-norteamericanos y la política hacia Cuba por el alto poder adquisitivo y la influencia de los cubanos de Nueva Jersey o Miami, los latinoamericanos en Estados Unidos están teniendo cada más poder adquisitivo, cada vez más influencia política y no es casualidad que en la última campaña presidencial, Bush y Gore hayan hecho avisos en español (pésimo, por cierto), por primera vez en la historia (Oppenheimer, 2000).

Además, el estudio de español en los colegios y universidades estadounidenses está superando por lejos al francés que era hasta ahora el idioma alternativo. Por otro lado, en el 2010, América Latina será, de lejos, el principal socio comercial de Estados Unidos, según previsiones del Departamento de Comercio. Estados Unidos no puede competir con los europeos occidentales, el copamiento de Europa del Este, por lo que Latinoamérica aparece como su ámbito natural.

Hay que agregar también el relevo generacional que se está dando en la diplomacia estadounidense. Esta y el Departamento de Estado siempre estuvieron copados por soviatólogos. Hace diez años, tras la caída del Muro de Berlín, las nuevas generaciones hablan español o son latinoamericanistas (los ejemplos del chileno Arturo Valenzuela y el cubano Otto Reich en las dos últimas Administraciones). Habrá en ellos, un interés personal en la región y no se puede desconocer la relevancia de la burocracia en la fijación de políticas. Por último, los vuelos de las aerolíneas norteamericanas al sur, van a superar en cantidad a los vuelos este-oeste. Las llamadas telefónicas entre Estados Unidos y América latina se multiplicaron por 10. A ello, puede sumarse el hecho puntual de la Administración Bush (h). Este, es miembro de la oligarquía tejana e hijo del presidente que impulsó el NAFTA, la idea de hacer un mercado abierto desde Alaska hasta Tierra del Fuego (Oppenheimer, 2000).

Como conclusión, aún en tiempos tan globalizantes como los que vivi-

mos, la política se ha tornado eminentemente local. Cada país brinda su propia respuesta, en términos de aceptación, adaptación inteligente o rechazo al contexto global.

En una línea similar aunque también algo diferenciada a la de Huntington, Francis Fukuyama considera que los noventa trajeron aparejado que la democracia liberal y la economía de mercado son las únicas posibilidades viables para nuestras sociedades modernas. Aún con la crisis económica en México, Asia y Rusia, éstos y otros hechos relevantes producidos en los últimos años no constituyen un desafío sistemático al orden mundial actual (Fukuyama, 1990) (Fukuyama, 1994).

Sin embargo, también rescata que los factores culturales, a la hora de diferenciar comportamientos, económicos y políticos nacionales, importan mucho. En su libro “Confianza”, ratifica que aquellos países democráticos y capitalistas, con alto grado de confianza social, es decir, la expectativa de comportamientos éticos, honestos, predecibles en los demás, que excedan la familia nuclear, y por lo tanto, mayor sociabilidad espontánea, tienen mejor performance económica que aquellos con poca o nula asociatividad.

Reivindicando a Estados Unidos, con una extraña mezcla de individualismo y comunitarismo, Japón (por la influencia confuciana) y Alemania, estos países han pergeñado culturas con alta asociatividad, generando empresas líderes a nivel mundial de gran escala, organizaciones intermedias vitales y dinámicas, lo cual se traduce en una sociedad civil vigorosa y emprendedora, más relaciones patronal-laborales, basadas en el trabajo en equipo, liderazgo innovador y sistemas de aprendizaje. Al contrario, en el caso de China, Corea e Italia –por supuesto, podría sumarse a Latinoamérica-, el familismo amoral, ha contribuido a generar empresas de pequeño porte, poco duraderas y sociedades pasivas y débiles. En Francia, la fragilidad de la sociedad civil, la desconfianza en la relación “face to face” y la escasa capacidad de innovación del empresariado, ha marcado el enorme peso que tienen el Estado, con su profesional administración, supletorios de las carencias de aquéllos (Fukuyama, 1995).

El problema del orden político

Desde una perspectiva neoinstitucionalista, un sistema de orden político puede ser definido por las siguientes características:

1. Una matriz institucional que produce un conjunto de organizaciones y establece un cúmulo de derechos y privilegios.
2. Una estructura estable de relaciones de intercambio tanto en los

mercados políticos como económicos.

3. Un conjunto subyacente de instituciones que creíblemente compromete al Estado con un conjunto de reglas políticas y coacción de derechos protectores de las organizaciones y relaciones de intercambio.
4. Conformidad como el resultado de alguna mezcla de internalización de normas como de coacción externa al individuo.

La inestabilidad o desorden político ocurrirá cuando:

1. Los derechos y los privilegios de los individuos y las organizaciones son sobreestimados, implicando la ruptura de las existentes relaciones de intercambio tanto en los mercados políticos como económicos.
2. Conformidad desaparece como resultado de cualquier desintegración de las normas o un cambio en el cumplimiento compulsivo (North, Summerhill, Weingast, 1999, p.5).

Esta aproximación descansa en la observación que los individuos se comportarán en forma diferente bajo una situación de orden político y una de desorden. Los individuos tomarán diferentes opciones cuando ellos teman por sus familias, vidas y riquezas, que cuando no lo hagan. Este es el objetivo central de todo gobierno: proteger las familias, vidas y riquezas de las personas. Como los períodos de anarquía política existentes en la América Latina post-independencia (siglo XIX) lo demuestran, el orden político no es automático. Como ocurre con la estabilidad macroeconómica, el orden político es un bien público que se construye cuidadosamente, provisto por el sistema político. Establecer un orden político incluye lo que los politólogos como Evans y Skocpol frecuentemente llaman “construcción estatal” (State building), lo cual aquí es identificada con la capacidad para promover el orden político. Nuestra respuesta acerca de las fuentes del orden político incluyen la capacidad del Estado, vinculada a la creación de compromisos creíbles y duraderos. (North, Summerhill, Weingast, 1999, p.6).

Menor capacidad para construir compromisos creíbles y duraderos por parte del Estado, implicará mayor vocación social por búsqueda de rentas (“rent-seeking”, término acuñado por Anne Krueger en un célebre trabajo de su autoría en la década del setenta), o captura de recursos públicos por parte de grupos de interés o coaliciones distributivas. La incapacidad estatal se constituye en un sinónimo de fracaso.

La “realidad” de un sistema político nunca es conocida por alguien, pero los seres humanos elaboran creencias respecto a la naturaleza de di-

cha “realidad”. Las creencias terminan siendo un modelo positivo del modo de cómo funciona el sistema pero también el modelo normativo de cómo debiera funcionar. Un entendimiento completo de la “realidad” significaría no sólo contar con la totalidad de la información sobre sus aspectos más relevantes sino también un entendimiento de cómo éstos funcionan juntos. Como Friedrich A. Von Hayek, abrevando en la Ilustración Escocesa (Smith, Ferguson, Hume, Millar) lo manifestó muchas veces, este conocimiento -disperso- escapa a nuestra capacidad humana (limitada, imperfecta y falible) (Von Hayek, 1983 pp. 157-169).

Los sistemas de creencias que desarrollamos a menudo pueden capturar porciones de esa “realidad”, para proveer de resultados útiles y predecibles. Pero frecuentemente, fallan en incorporar aspectos fundamentales de la “realidad”, particularmente las circunstancias frente a las cuales las personas pueden enfrentar. El auge y la caída del comunismo en la ex URSS y Europa Oriental, provee sólo la más reciente ilustración en este sentido (North, Summerhill, Weingast, pp. 8-9).

De todos modos, las creencias subyacen a la construcción de instituciones políticas. Conceptos como la cultura política son fuertemente decisivos a la hora de observar comportamientos institucionales, por ejemplo, a la hora de comparar América del Norte con América Latina, ya durante el siglo XIX. Inestabilidad política, anarquía, caudillismo, incapacidad institucional para restablecer la autoridad en ausencia de la Corona española, disgregación territorial, apropiación del Estado para proveer de nuevos poderes a los grupos advenedizos (lógica rent-seeking), etc., caracterizaron el comportamiento latinoamericano durante buena parte del siglo XIX, creando una impronta cultural sobre su futuro. Sólo dos países (Brasil y Chile) representan alternativas a este panorama generalizado, pero pudieron serlo sobre la base de un acendrada y marcada centralización estatal, que impidió la “privatización” de los grupos corporativos, neutralizando la elevada conflictividad interna de por ejemplo, México y Perú.

Un patrón cultural legado de la Corona española, comprometida con corporaciones como la Iglesia, los conquistadores militares y la nobleza de la tierra, una frondosa legislación que “se obedecía pero no se acataba” y un mercantilismo económico que sólo garantizaba contrabando o rentas de corto plazo pero a costa de un progreso de largo término, no podía sino terminar de manera frustrante para las ex colonias hispanas. Los gobiernos surgidos de las Repúblicas ya independientes, no pudieron sino por la vía autoritaria u oligárquica, intentar construir un orden que no pudiera quedar a merced de los grupos corporativos ligados a las armas, la tierra o la religión. Falta de consenso, de compromisos institucionales,

de autonomía plena para la toma de decisiones, en fin, inestabilidad política, fue el producto de las incapacidades históricas de los Estados latinoamericanos y todavía hoy pueden verse sus impactos.

Cien años atrás, esta parte del continente entraba al siglo, con cierto entusiasmo, gracias en parte, al reinado de la presunciones victorianas de acerca de la universalidad del progreso y la inevitable difusión de la tecnología y el capital y también al considerable récord en crecimiento económico, en el último cuarto del siglo XIX, conseguido por los tres grandes (Argentina, México y Brasil), pero también por los más chicos (Cuba, Chile y Uruguay) (Falcoff, 1999).

Pero el siglo XX no tardó en refutar estas optimistas previsiones. En realidad, Latinoamérica vivió una centuria de tantos experimentos sociopolíticos funestos, como pocas regiones en el mundo, han atravesado. Ha habido tres grandes revoluciones sociales (México, Bolivia y la más radicalizada, Cuba); regímenes militares autoritarios reaccionarios de derecha (en Centro América, Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Chile), "progresistas" de izquierda (Bolivia y Perú) y de centro (Colombia); un régimen autoritario civil de partido hegemónico (México) y un populismo semiautoritario (Argentina). Sólo Costa Rica, Chile y Venezuela han tenido largos períodos de vida civil democrática, pero los dos últimos, en las últimas décadas, también cayeron en etapas oscuras. Cualquier tipo de régimen, civil o autoritario, conoció las mieles del apoyo popular inicial y el oprobioso y reprobado unánimemente final.

Este "corsi e ricorsi" latinoamericano, permite insistir sobre el peso y gravitación de la variable cultural o civilizacional sobre la performance política latinoamericana.

La tradición como obstáculo

Rastreando sobre nuestra herencia institucional-cultural, puede afirmarse que el sistema estatal en América Latina es una herencia actualizada del Estado francés del siglo dieciocho. Es centralizado, unitario, regulador, intruso y mercantilista. Fue el sistema del Estado francés en sus primeros años de formación el que sirvió de modelo para Latinoamérica, no el modelo de Estados Unidos con su énfasis sobre la libertad individual y el "*laissez-faire*". Si conocemos las operaciones del sistema capitalista francés y el fuerte papel del Estado sobre la economía, es mucho más fácil entender como opera el sistema en América Latina (Wiarda, 1997).

En América Latina fue necesario un Estado central fuerte, no precisa-

mente por razones históricas y culturales sino por unas muy prácticas. La región ha carecido largamente de organización, de infraestructura y del tejido para la vida en asociación que Alexis de Tocqueville reconoció como necesario para la democracia y el comercio. Es también un área de enormes distancias, espacios vacíos, redes de transporte subdesarrolladas y a veces territorios sin gobierno efectivo. En tales condiciones y en ausencia de un sector privado fuerte o de una vida en asociación, el Estado en América Latina fue obligado a llenar el vacío. En cuanto hoy esas condiciones permanecen iguales, el Estado se ve obligado todavía a desempeñar un fuerte papel.

Los países tienen grandes sectores estatales y economías mercantilistas no necesariamente porque sean irracionales o desorientados, sino porque responden a un contexto lógico y sociopolítico totalmente diferente al de los más avanzados sistemas capitalistas.

Debido a la falta de vida asociada, a la carencia de infraestructura, al persistente temor al caos y la inestabilidad, así como a la histórica ausencia de un sector privado fuerte, en América Latina un Estado poderoso se ha visto como algo necesario para llenar el vacío. El Estado ha sido no solamente fuerte sino también centralizado, unitario (escasa división de poderes), con frecuente autoritarismo y corporativismo en el sentido de crear sindicatos y otras organizaciones oficiales regidas por el gobierno, en ausencia de un genuino y arraigado pluralismo.

Paradójicamente, el deseo de un Estado fuerte nació de la debilidad, no de la fortaleza. Si América Latina tuviera democracias fuertes y sectores privados vigorosos, capaces de estimular el desarrollo, podría dispensarse de su fuerte estado mercantilista. Pero no es así y por lo tanto, el Estado debe intervenir. Algo similar sucede con la extensión del Estado: si América Latina realmente tuviese instituciones de base que fuesen efectivas y auténticas, no necesitaría un gobierno tan poderoso, centralizado y frecuentemente autoritario (Wiarda, 1997).

Todos hemos aplaudido las recientes transiciones de América Latina hacia la democracia. Sin embargo, las palabras clave aquí pueden ser "más o menos" y no la democracia. Aunque sobrevive, ésta no florece necesariamente en América Latina. La desilusión con la democracia está remplazando la euforia anterior. Aunque no es visible una nueva ola de golpes, es de nuevo en los países más débiles y menos institucionalizados donde ellos pueden ocurrir. La democracia tampoco está creando los bienes, empleos y servicios que antes se pensaba vendrían como una secuela segura. Las expectativas sobre la democracia no se están cumpliendo. Aunque muchos todavía la apoyan fuertemente (un 60-70% de la gente en la mayoría de los países), ha caído desde un nivel del 80-90% hace

pocos años.

Aun más interesante para nuestros propósitos aquí son las respuestas registradas en las mismas encuestas sobre qué significa la democracia en América Latina. Abrumadoramente la respuesta ha sido "un gobierno fuerte". Esto es, un gobierno nacionalista (capaz de mantener a distancia al FMI), paternalista, unitario (no excesivamente impedido por los controles y balances de los sistemas del congreso o de las cortes) y capaz de tomar decisiones de autoridad (si no autoritarias). Estas respuestas dan sentido a la imagen de un régimen que es democrático y autoritario a la vez, una contradicción imposible en los términos de Estados Unidos pero que precisamente se asemeja a los malabares de conflictivas tendencias que siempre han estado en el corazón del proceso político de América Latina.

Sin embargo, a través del hemisferio la transformación es todavía parcial e incompleta. Muchos dirigentes latinoamericanos nunca estuvieron convencidos (y aún no lo están) de que la vieja estrategia de sustitución de importaciones, reflejo del mercantilismo hispánico temprano, debe abandonarse. Su posición fue reforzada por la crisis del peso mexicano en 1994 y el impacto de esa crisis a través de América Latina. Esta continua visión estatista es especialmente fuerte en las agencias internacionales de crédito, como el Banco Interamericano de Desarrollo, donde muchos antiguos ministros y funcionarios de bancos oficiales han encontrado refugio.

Estos sentimientos divididos explican también por qué los programas latinoamericanos de reforma económica han procedido tan gradual y elípticamente. En parte la reforma ha sido un gigantesco juego de perdedores: los burócratas son despedidos durante la semana en que el FMI está observando y luego, cuando no, vuelven a ser contratados la semana siguiente; compañías estatales son "privatizadas" cuando de hecho fueron "vendidas" a otras agencias estatales o grupos empresarios ligados a la lógica "*rent-seeking*"; burocracias gubernamentales o empresas son consolidadas en vez de eliminadas, así que aparecen como menos numerosas. Al mismo tiempo, debido a necesidades económicas también han ocurrido reales reformas, real privatización y real reducción del estado, con grandes variaciones de un país a otro (Wiarda, 1997).

Con todo, esta reforma parece que será un más largo y difícil proceso de lo que la mayoría de los formuladores de políticas están dispuestos a admitir. Habrá retornos y reversos a lo largo del camino. Se dice con frecuencia que la democratización en el dominio político y la liberalización económica van de la mano, justo como el autoritarismo y el mercantilismo económico marchan juntos. Pero América Latina permanece hoy en

día mucho más convencida con el lado democrático de la ecuación que con el paquete de reformas económicas.

La razón de esta situación se encuentra en nuestros comentarios originales acerca de la fragilidad de la vida asociativa y organizacional en la región, que Fukuyama – y antes Tocqueville- plantean esencial para el progreso o rezago de una sociedad. En cuanto América Latina comience a llenar a la vez los vacíos políticos y económico-institucionales que tanto han plagado su historia, ella estará en capacidad de dar la señal de partida al proceso de liberalizar que la democratización y el mercado libre requieren. Pero como los vacíos aún existen, el proceso es todavía incompleto y las instituciones siguen débiles, podemos predecir que el proceso de reforma también marchará lento y reactivo, con mezclas confusas y a medio camino, a la vez entre la democracia y el autoritarismo y entre el mercantilismo y el neoliberalismo (Wiarda, 1997).

Una región de Estados fracasados

Para América Latina, el diagnóstico hoy, pareciera ser, que esta región del continente se haya encaminada hacia una coexistencia difícil pero real entre democracia y mercado, con indudables déficits sociales y con una diferenciación geográfica-cultural importante. Al norte, México y Centro América, definitivamente en el área de influencia norteamericana; una región andina, política y socialmente explosiva, con franjas sociales dominadas por elites indigenistas, con amenazas extra y anti-estatales como el narcotráfico y por último, América del Sur o más concretamente, el Mercosur, tal vez más europeizada, semintegrada y con un ciclo aparentemente más estable de democracia y economía de mercado, aunque hoy amenazada por los flagelos de la América andina.

Tres observaciones merecen ser generalizadas, antes de avanzar hacia las tendencias globales de la región a largo plazo.

Una, es el flojo comportamiento económico de la región en las dos últimas décadas, en un contexto de un desprestigio fuerte del socialismo, tras la caída del Muro de Berlín. Cuba ejerce cierto atractivo más, como ejemplo de nacionalismo antinorteamericano, que como modelo social viable. Si bien ha caído la inflación, el ritmo de crecimiento ha sido pobre, la región ha sido muy vulnerable a sucesivas crisis financieras y fugas de capitales, y un 36 % de los 500 millones latinoamericanos vive en la pobreza, con menos de 2 dólares diarios (The Economist, 2000).

Segundo, claramente la “gap” (diferencia o brecha) entre esta parte del mundo y los países desarrollados (llámense Canadá y Estados Unidos), pareciera estar ampliándose. Para colmo, las diferencias en estándares de vida, son hoy mucho más visibles que hace décadas atrás, gracias a la TV, Internet y medios gráficos en general. La emigración o “el voto con los

pies” entonces, se constituye en uno de los subtemas de la novela latinoamericana contemporánea.

Tercero, afortunadamente, todavía hay algunos spots de cierto brillo en el horizonte latinoamericano, como por ejemplo, los acuerdos regionales de comercio, la creciente independencia de la prensa, los vínculos en expansión entre los movimientos democráticos locales con los europeos y norteamericanos, etc. (Falcoff, 1999, pp.1-4).

De todos modos, también habría que ir señalando las tendencias sobre las cuales, debe advertirse cierta preocupación, y que pueden obstaculizar el futuro de las sociedades latinoamericanas.

La primera tendencia es la manifiesta y rápida erosión del Estado-Nación como ápice o cumbre de incuestionable autoridad. Hay Estados como el colombiano, en franca descomposición. En otros, como los integrantes del Mercosur, las fronteras “calientes” se han diluido, tanto que hasta las amenazas como el narcotráfico y el terrorismo musulmán, circulan libremente. Igualmente, con controles policiales “light”, funcionan los límites entre Colombia, Panamá y Venezuela. En otros casos, simplemente, los Estados latinoamericanos son incapaces de ejercer su autoridad fiscal, porque los dictados de la geografía tornan inviable la posibilidad de eficacia en el despliegue estatal. En un país como el nuestro, lo descrito puede asimilarse a la crisis de la seguridad pública (elevado índice de delincuencia) y la enorme tasa de evasión tributaria y previsional.

Segundo, hay una persistente deficiencia en la construcción de instituciones eficaces y exitosas. La falta de independencia del Poder Judicial, la incapacidad de poner a los militares y la policía bajo la tutela del poder político y la fuerte tendencia a la hegemonía monopartidaria, lesionan la viabilidad y credibilidad de los regímenes democráticos (Falcoff, 1999, pp.1-4).

En tercer término, puede mencionarse que aún, con cierta ventaja sobre los países europeos (baja o nula natalidad y envejecimiento constante), los latinoamericanos adolecen de una tremenda falta o mala asignación de recursos sobre el capital humano, sobre todo, entre los más pobres. Este déficit en la formación de la gente, no sólo es una deuda social, en términos de la cantidad de niños y jóvenes que mueren anualmente por causas evitables, lo cual se traduce en las nefastas estadísticas de mortalidad infantil o accidentología vial: también es una hipoteca a futuro. Mientras se habla tanto del desempleo, las elites malgastan los dineros públicos en educación y salud, beneficiando a las clase medias urbanas, en desmedro de los sectores pobres, rurales y jóvenes. Resulta claro en el mundo de hoy, donde “el poder es conocimiento”, que la educación promueve enormes posibilidades para aumentar el crecimiento económico.

Al mismo tiempo, generaciones educadas en habilidades laborales, serán parte de una fuerza laboral más cotizada y competitiva.

De todos modos, dos grandes amenazas se ciernen sobre América latina, en caso de fracasar las democracias. Una es el narcotráfico, cuya vinculación con el sistema político, es clara en no pocos países. La otra es el siempre factible resurgimiento del populismo. Por izquierda o por derecha, se trata de líderes políticos que pueden ejercer la tentación eterna del ilusionismo de los latinoamericanos: una mixtura de fervor nacionalista, promesas irrealizables e ira justiciera (Falcoff, 1999, pp.1-4).

Conclusiones

América Latina se halla en una suerte de bisagra de su historia. Excepto contados países, su performance ha sido más que pobre a lo largo de sus dos siglos de independencia. Con un legado cultural que la ha postergado en sus posibilidades reales de desarrollo, se halla en la disyuntiva de superar este derrotero, o persistir una vez más, en un sendero de creciente intrascendencia mundial y frustración de cientos de millones de habitantes, potenciales emigrantes a los confines pobres del mundo rico. Repensarse a sí misma, efectuar un análisis autocrítico sobre su pasado, de manera de hallar las fórmulas institucionales para mejorar Estados, democracias y mercados e intentar un ciclo innovador con liderazgos sociales que transformen las instituciones políticas y fortalezcan la sociedad civil, como nunca antes, de manera de crear confianza y canalizar las energías más revitalizadoras para un tejido que pierde células en forma lenta pero constante, pueden constituirse en las alternativas que requiere la región para insertarse en el mundo de manera más alentadora y promissoria, para -al menos- reducir la distancia con las naciones más desarrolladas.

Fuentes de consulta:

ALMOND, Gabriel, VERBA, Sidney, La cultura política, en ALMOND, Gabriel, DAHL, Robert, DOWNS, Anthony, DUVERGER, Maurice, EASTON, David, LIPSET, Seymour M., MOSCA, Gaetano, OLSON, Mancur, RIKER, William, ROKKAN, Stein y VERBA, Sidney, Diez textos básicos de Ciencia Política, Ariel Ciencia Política, Barcelona, España, 1992.

BERGER, Peter, LECHNER, Norbert, MORAYARAUJO, Manuel, MORANDE, Pedro, Culture and economic development, en Revista Estudios Públicos, CEP, Santiago de Chile, Número 40, Primavera de 1990.

FALCOFF, Mark, Latin America faces the millenium, Latin American Outlook, American Enterprise Institute (AEI), December 1999.

FUKUYAMA, Francis, El fin de la historia?, en Revista Estudios Públicos, Centro de Estudios Públicos (CEP), Número 37, Santiago de Chile, Verano 1990.

FUKUYAMA, Francis, Capitalismo y democracia: el eslabón perdido, en Revista Estudios Públicos, Centro de Estudios Públicos (CEP), Número 54, Otoño 1994, Santiago de Chile, páginas 379 a 393.

FUKUYAMA, Francis, Confianza (Trust), Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1995.

HABERMAS, Jurgen, La inclusión del otro, Estudios de Teoría Política, Paidós.

HUNTINGTON, Samuel P., Choque de civilizaciones?, en Revista Foreign Affairs (en español), Council on Foreign Relations, verano de 1993.

HUNTINGTON, Samuel P., El orden político en las sociedades en cambio, Paidós, 1996.

HUNTINGTON, Samuel P., Clinton pierde en Chechenia, Diario Clarín, Opinión, miércoles 22 de diciembre de 1999.

KENNEDY, Paul, Globalización entre la euforia y el caos, Diario Clarín, Suplemento Zona, entrevista de Matilde Sánchez (Redacción de Clarín), domingo 10 de setiembre de 1999.

NORTH, Douglass C., SUMMERHILL, William, WEINGAST, Barry R., Order, Disorder and Economic Change: Latina America vs. North America, September 1999, in BUENO DE MESQUITA, Bruce, ROOT, Hilton (eds.), Governing for Prosperity, Yale University Press, 2000.

OPPENHEIMER, Andrés, Países serios y países payasos, entrevista realizada por Virginia Guevara y Marcelo Taborda, en Diario La Voz del Interior, Córdoba, 30 de mayo de 2000.

OPPENHEIMER, Andrés, Las dudas sobre América Latina, Diario La Nación, 19 de diciembre de 2000.

THE ECONOMIST en Diario La Nación, Economía & Negocios, noviembre de 2000, página 4.

VON HAYEK, Friedrich A., El uso del conocimiento en una sociedad, Revista Estudios Públicos, CEP, Santiago de Chile, Número 12, Primavera de 1983.

WIARDA, Howard J., Modernizing the State in Latin America, in Economic Reform Today, CIPE, Number 1, 1997.

[1]

Todo esto habría que reflexionarlo a la luz de lo que ocurre hoy, en torno a la relación entre el gobierno argentino de Kirchner-Duhalde y los piqueteros. No se estarán sembrando las semillas para la autodestrucción del Estado argentino, con las enormes concesiones y libertad de acción que se le dan a este movimiento, en nombre de la legitimidad de la protesta social y la lucha contra la pobreza?

[2]

Cabe reflexionar aquí acerca del proceso de declinación argentina desde los años veinte o treinta: qué papel jugaron la escasa vocación de civismo y preocupación por los asuntos públicos que tuvieron nuestros bisabuelos inmigrantes, y por supuesto, nuestras primeras generaciones de argentinos nativos? No habrá sido la semilla del progreso económico, al mismo tiempo, la de la lenta decadencia, permitiendo años más tarde, el ascenso del populismo peronista, entre otros flagelos?

[3]

En Argentina, todavía hay dos factores que desalientan una revolución, descartando a la pobreza, que según Tocqueville, no la generan: la presencia del peronismo, con todo su aparato organizacional y le economía informal, que obra como “colchón” de la explosión. Pero la decadencia institucional generalizada, el asfixiante centralismo bonaerense, el creciente liderazgo piquetero, la corrupción generalizada y la permeabilidad y descomposición de las fuerzas de seguridad –o “inseguridad”-, junto a un discurso instalado de permisividad y hasta justificación de la pobreza y repudio a la riqueza, están presentes en Argentina, al igual que en la Francia del siglo XVIII de los Luises.

[4]

Esto explicaría por ejemplo, la tolerancia a los despotismos revolucionarios en el mundo, a lo largo de los siglos.